
ANIMÉMONOS Y VAMOS HACIA LA ECONOMÍA POPULAR

**Una política integradora
de los sectores excluidos y la clase
media, más allá del lucro.**

ENRIQUE MARTÍNEZ

-2015-

ÍNDICE

PRIMERA PARTE pág. 5

pág. 6	Esta crisis del capitalismo es distinta
pág. 8	La producción popular: desde el centro hacia la periferia
pág. 10	Las PASO y Lampedusa
pág. 12	Jeffrey Sachs y otra forma de fraude económico
pág. 14	Las lecturas ausentes
pág. 16	Objetivos del milenio y Producción Popular

NUEVOS CAMINOS PARA SUPERAR UN SISTEMA AGOTADO

SEGUNDA PARTE pág. 18

pág. 19	La resignación, nuestra enemiga común
pág. 22	La vida mal interpretada
pág. 26	¿Cómo ayudar de verdad?
pág. 28	Defender lo logrado
pág. 30	El discurso de la Presidenta y sus dos relativos
pág. 32	El trabajo, nosotros y viceversa
pág. 35	El justicialismo siglo 21 y la Producción Popular
pág. 42	La gran China
pág. 44	El MINCYT del Segundo Tomo
pág. 46	El Ministerio de Economía Popular: Una idea transgresora
pág. 48	En concreto: ¿Qué cosa es la Economía Popular?

PRODUCCIÓN POPULAR, ATENDER LA DEMANDA SOCIAL ANTES QUE EL LUCRO

INTRODUCCIÓN

Cada vez es más claro que la fenomenal concentración económica que se verifica en un sistema capitalista dominado por la especulación financiera obliga a revisar conceptos económicos que hasta ahora se presentaban como verdades indiscutibles, convertidas en dogmas por los académicos de los países centrales y sus repetidores periféricos. El pleno empleo; la distribución de la riqueza a partir de los excedentes; el crecimiento y el lucro como metas centrales de la Economía son ideas que en las últimas décadas han sido puestas en controversia, incluso, por pensadores que adhieren al capitalismo, pero constatan que sus postulados clásicos son insuficientes.

Estos pensamientos alternativos van de la mano de una innumerable cantidad de experiencias de quienes buscan sobrevivir a la exclusión salvaje que los margina. Son cientos de miles de trabajadores que están protagonizando un cambio todavía silencioso y desarticulado, pero verificable en muchos países, y especialmente en Latinoamérica. Esas experiencias donde el lucro es un factor secundario y el centro de la cuestión es acceder a una vida digna mediante un trabajo sustentable, atendiendo al mismo tiempo demandas sociales como la vivienda, la indumentaria, la alimentación o el tratamiento de residuos, constituyen lo que se ha dado en llamar: la Economía Popular.

La teoría que le dé marco a estos múltiples ensayos de nuevos escenarios económicos está aún por escribirse. Sin embargo, hay un importante camino recorrido en la práctica que sirve para subrayar aciertos y errores, necesidades y fortalezas de las experiencias de la Economía Popular.

En *Animémonos y Vamos...*, Enrique Mario Martínez plantea una idea innovadora: salir por arriba de la trampa de un sistema agotado e impulsar la Economía Popular, ya no con la errónea idea de un paliativo “para pobres” o de un sistema basado exclusivamente en subsidios estatales “mientras no mejore el índice de empleo”. La propuesta es romper con la idea de que sólo el lucro motoriza las relaciones económicas, demostrar que la Economía Popular puede integrar a las clases populares con la clase media porque hay muchas demandas compartidas que se podrían satisfacer a partir de una estrategia común, orientada por el Estado.

A lo largo de las columnas reunidas en este libro, el lector se encontrará con varios ejes temáticos que se reiteran, porque es necesario comprender profundamente la esencia del planteo y avanzar en su discusión para enriquecer un debate central, todavía pendiente, para la Argentina.

Desde su creación, el Instituto para la Producción Popular intenta, dentro de su modesta esfera de acción, llevar a la práctica estas ideas y -al mismo tiempo- aportar elementos que sirvan para el debate de uno de los desafíos políticos más apasionantes del presente y del futuro inmediato. Este libro intenta reflejar esas premisas.

“La cruda realidad es que estamos en una paradoja. Estamos solos y a la vez nos tenemos unos a los otros, compartiendo la posibilidad de construir algo diferente”, señala Martínez. *Animémonos*, entonces, a convertir esas soledades en compañías que abran un camino que valga la pena transitar.

NUEVOS CAMINOS PARA SUPERAR UN SISTEMA AGOTADO

ESTA CRISIS DEL CAPITALISMO ES DISTINTA

Cada cambio de modo de producción en la historia de la humanidad se ha concretado con transiciones de siglos o, al menos, de muchas décadas y se ha originado en la percepción general de que la organización de la producción vigente no era adecuada para atender las necesidades de las mayorías.

En cada caso, quienes batallaron por el cambio pudieron identificar asimetrías en la distribución de los frutos y beneficiarios de ese reparto desigual. Las monarquías, los señores feudales, los capitalistas dueños de los complejos productivos, fueron los opositores a los cambios, y por lo tanto los adversarios a vencer, porque ningún nuevo escenario se concretó sin conflictos. La última gran pelea a escala planetaria ocupó casi todo el siglo XX, entre el capitalismo corporativo y el capitalismo de Estado. Esta puja terminó demostrando que, mantener la forma de generación de excedentes y trasladar su administración desde accionistas o gerentes privados a burócratas públicos, no sólo no es garantía de una rotunda mayor equidad sino que además lleva a sistemas de baja eficiencia global, que no producen los bienes y servicios que la mejora continua de la calidad de vida reclama. La evaporación del capitalismo de Estado no significa, sin embargo, - de ninguna manera - la demostración directa o indirecta

de que el capitalismo corporativo es la panacea.

Por el contrario, la instalación hegemónica del sistema ha llevado a límites impensados la concentración de poder en manos de quienes creen que la búsqueda del lucro es el motor excluyente de la historia. En ese proceso se ha producido una mutación, que construye un escenario nuevo, tal vez sin antecedentes en la historia de la humanidad.

Es que la hegemonía del capital se ha hecho financiera. Con ello, los apellidos de los acumuladores máximos ya no son asociables a una fábrica de automóviles o a una destilería de petróleo. Son seres semi anónimos, dueños de inversiones dispersas por el mundo, incluyendo allí paraísos fiscales que ni siquiera los gobiernos más poderosos tienen claro cómo encuadrar. Más que nunca y, sobre todo, el dinero hace dinero, no a través de fábricas automóviles o heladeras, sino en un loco y perverso circuito virtual de funcionamiento autónomo, cada hora de cada día de todo el año.

Hasta los analistas de la Academia del mundo central nos informan que el sistema no sólo no está en condiciones de asegurar el bienestar de las mayorías, sino que en lugar del Gran Sueño Americano, crece la exclusión como contracara de la concentración. El número de pobres en el mundo crece sin cesar, aunque



Fuente

se disfraza el hecho divulgando porcentajes, cuya disminución en buena medida tiene que ver con que los pobres se mueren antes que los demás.

Sin embargo -y allí está el matiz sin precedentes- no aparecen los reyes, señores feudales o corporativos contra los cuales luchar.

La crisis es permanente; nos perjudica a la gran mayoría; pero el sistema se perpetúa porque el poder no tiene cabezas visibles contra las que luchar y su influencia se ha diseminado hasta llegar a cada mente, convenciendo nos que hay que seguir bailando el mismo vals, repartiendo algo para la supervivencia de los perdedores y, a la vez, cuidando nuestro patrimonio de los ataques de las hordas desheredadas.

No hay tiempos de ilustración; de ilusiones burguesas o democráticas; hay resignación y construcción de murallas por doquier. Esto no sólo es inestable, sino que es injusto para los miles de millones de derrotados y también para quienes, dentro de ese universo, queremos algo distinto para nuestras vidas.

Con diversas acepciones y justificaciones, con respaldos públicos de variada naturaleza, han comenzado hace décadas los intentos de pensar el futuro de otro modo y construir su andamiaje. La economía solidaria, la jerarquización de lo local, los llamados desde los problemas ambientales, son facetas que en algún punto han de converger. Pero falta fuerza abarcadora en los conceptos. Muchas veces suena a parche, a retoque menor de aquello que sabemos no funciona.

En LA Argentina, comienza a discutirse -con el estímulo

de una posible política oficial sobre el tema- la organización de ámbitos de la producción cooperativos privados, que tengan por función objetiva y concreta la atención de necesidades comunitarias, en términos prioritarios, frente a la búsqueda del lucro. Esto es: más allá de las habituales pujas sobre la distribución del ingreso, plantear en profundidad formas nuevas de generación de los bienes y servicios necesarios, que crezcan en paralelo a lo vigente.

La economía popular -así la llamamos- tiene por delante no sólo un largo camino, sino importantes conflictos conceptuales para diferenciarse del asistencialismo -con el que no debiera confundirse en lo más mínimo- y para instalarse en la propia mente de los actores económicos concretos. Éstos priorizan el lucro o el pedido de subsidio, pero no tienen frente a sí el desafío de asegurar los alimentos o la vivienda o la energía fotovoltaica de una comunidad, como tarea digna que se garantice que será retribuida. Una organización productiva construida desde el pueblo, sin dependencia de corporaciones y al servicio de ese mismo pueblo, es una meta que pocos países tienen en su agenda prioritaria. Ecuador, Bolivia o la convulsionada Venezuela, tienen el tema en variado grado de elaboración. Los dos primeros países tienen la suerte de poder inspirarse en historias propias de las comunidades indígenas, que sus gobiernos las han hecho propias. Ojalá Argentina se sume al espacio, para aprender y para ayudar al mundo a salir de un marasmo insostenible.



Fuente

LA PRODUCCIÓN POPULAR: DESDE EL CENTRO HACIA LA PERIFERIA

El capitalismo tiende a crear un mundo de ganadores y perdedores permanentes, situación que se acelera con la globalización. Frente a eso, y la ampliación de la brecha al interior de los países periféricos, las recomendaciones de los organismos internacionales de ayuda tienden a incluir a los perdedores colgados del último vagón del progreso. Buena parte de las políticas nacionales sufren del mismo problema: admiten como único y excluyente al modo capitalista tradicional, donde el Mercado ordena la vida de cada uno, e intentan incluir a los más humildes en una

suerte de primer peldaño de escaleras que nunca se recorren más allá de eso.

Es decir: se busca cambiar la condición de indigente desocupado pero, en muchos casos, se consigue que los compatriotas sean indigentes ocupados. Se generan escenarios de trabajo en condiciones de dependencia salvaje respecto de los capitalistas o de integración a cadenas de valor como eslabones tan débiles que no están en condiciones de defender mínimamente el valor del trabajo que incorporan.

Por supuesto hay una fracción - normalmente peque-

ña - de la población que logra transitar por ese desierto y acceder a condiciones de vida más dignas, propias de los sectores medios. Pero pocos son los estudios que intentan medir el costo beneficio de programas de ayuda donde una y otra vez la búsqueda del lucro es el valor ordenador y dominante y en ese caso quienes logran sumarse saben - o verifican - que la condición es entregar a alguien con más poder buena parte del valor del trabajo aportado.

Desde el mundo central, paradójicamente, viene bajando una manera distinta de pensar la producción, que no surge de los gobiernos, más bien avanza a pesar de ellos. Se ocupan del diseño e implementación grupos comunitarios que han adquirido niveles de vida que les permiten vivir con cierta serenidad y a la vez advertir que soportan el peso de corporaciones multinacionales o grandes prestadores a los cuales pueden reemplazar con cierta facilidad, a partir de un par de conceptos:

1- Se puede producir bienes o servicios con el fin primario de satisfacer necesidades comunitarias, en lugar de sacralizar al capital y poner por encima de todo el lucro.

2- Existen tecnologías duras y tecnologías sociales que permiten pensar esas producciones sin intermediarios entre quien genera el bien o servicio y quien lo consume. En algunos casos, son organizaciones comunitarias quienes se colocan en los dos roles simultáneos. A esta simple pero crucial mirada transformadora es que llamamos producción popular.

Lo hacen los floricultores holandeses que se agrupan para generar a partir del sol la energía que necesitan, construyendo pequeñas redes de distribución locales. Lo mismo las campañas de escuelas inglesas que buscan financiación para poner paneles solares en los techos de todas las aulas. O en una escala más institucional, el gobierno alemán auspicia la producción popular cuando fija una tarifa para que todo el que ponga paneles solares en su techo pueda venderle energía a la red pública. También están construyendo espacios de producción popular las más de 3.000 organizaciones de Agricultura Apoyada por la Comunidad que operan en Estados Unidos, donde grupos de consumidores financian a horticultores desde antes que siembren, cobrándose luego con producto en forma directa.

Los ejemplos se multiplican en temas ambientales, con el tratamiento de efluentes domiciliarios en plantas pequeñas a partir de unas pocas viviendas en Japón o numerosas formas de separar y reciclar residuos por consenso comunitario.

No solo las soluciones colectivas ingeniosas o novedosas de temas de alimentación o infraestructura forman parte del cambio de mirada.

Si un gobierno de un país latinoamericano pusiera en el centro de la escena que la gran mayoría de quienes trabajan en su territorio no aspiran a extraer renta del trabajo de otros sino simplemente a contar con una calidad de vida digna, los proyectos de producción popular crecerían como hongos en los sectores más expuestos a la explotación sin límite.

Si toda cooperativa de costureros supiera que dispone de asistencia técnica pública y que sus prendas las puede vender en ámbitos comerciales de acceso gratuito y exclusivo para quienes aseguren que no tienen eslabones explotados en su cadena de valor, la producción popular de indumentaria crecería en forma explosiva.

Si las cooperativas de construcción de viviendas fueran asistidas y financiadas de modo de asegurar que sólo deban ocuparse de trabajar en lo suyo, ese camino pasaría ser el dominante en la construcción de viviendas populares.

Si los agricultores familiares tuvieran mercados populares a su disposición exclusiva y el Estado se hiciera cargo de la logística correspondiente, el efecto de la concentración corporativa en los alimentos esenciales se reduciría rápidamente.

En esencia: Si el paradigma de la producción, fuera al menos compartido en igualdad de condiciones entre el capitalista detrás del lucro y las organizaciones de trabajadores detrás de conseguir una vida mejor, a cambio de proveer bienes y servicios a la comunidad, se estaría construyendo un puente sólido hacia un mundo más vivible.

Todo viajero que camine libreta en mano por el mundo central podrá tomar numerosos ejemplos de iniciativas en tal sentido, hasta de la dimensión cualitativa sorprendente de los más de 20 mercados de productores de Londres, reservados para la exclusiva venta directa a cargo de productores de un radio de 100 kilómetros. Si volviera al pago y fuera capaz de sintetizar el concepto de producción popular, ese viajero sería un factor de cambio para eliminar la explotación más dura en sectores esenciales para la vida, que hoy están montados sobre el dolor de centenares de miles en cada país, como la indumentaria o la construcción.



LAS PASO Y LAMPEDUSA

Hace dos siglos, cada comunidad vivía en un aislamiento relativo importante y las noticias fluían con la lentitud de los veleros o las carretas. El mundo actual, con su sistema de comunicaciones instantáneas que cruza el globo de punta a punta, nos sumerge en cambio en un vértigo de a ratos insoportable. Nuestra reacción elemental pasa, paradójicamente, por ignorar buena parte de ese mar de cosas, tomar detalles que deben ser cada vez más curiosos para merecer nuestra atención, mientras volvemos al origen: ocuparnos de nuestra realidad más cercana, del trabajo diario, de la familia, de unos pocos amigos. Hay una diferencia sustancial con aquél tiempo sin

retorno. Cada persona tenía una noción bastante precisa sobre las relaciones de poder en su entorno, que además eran las causas centrales que determinaban su vida. Los dueños de la tierra, los patrones, los empleados, los peones, eran categorías definidas. Hoy las secuencias de dependencia - lo que llamamos las cadenas de valor - en cualquier actividad se prolongan hacia otros continentes con toda rapidez, haciéndose invisibles, ignoradas y por ello subvaloradas. Un empleado de una tienda de ramos generales sabía quién causaba sus males o administraba sus alegrías. Un empleado de McDonald's de hoy no sabe quién decide sobre su condición laboral y cuando trata de averi-

guarlo es probable que llegue a descubrir que se trata de alguien a miles de kilómetros, a quien nunca conocerá personalmente. En realidad, seguramente ese joven se limita a reclamar ante su superior circunstancial, vinculando los resultados de ese pedido con la personalidad del interlocutor, ya que para él todo el resto del sistema son datos inmodificables.

Así funciona el mundo actual. Buena parte de lo que condiciona nuestras vidas se define en lugares ignotos, desde donde sus efectos bajan en múltiples cascadas universales, hasta llegar a nuestra casa. Eso no es bueno. En realidad es terrible. Nada positivo puede esperarse de tanta concentración de poder, que no se puede revertir mágicamente, pero que es necesario tengamos presente a cada instante, porque esa lucidez es nuestro puente - frágil, pero imprescindible puente - hacia la posibilidad de ir construyendo ámbitos con mayor independencia personal y colectiva.

En tal escenario resulta conveniente buscar los vínculos entre las cosas más destacadas, las que sobrenadan del inmenso flujo de información. En la Argentina estamos embarcados en un año electoral, donde de acá a octubre, decidiremos el primer cambio presidencial sin crisis económica presente o anunciada desde 1983. La elección de Fernando de La Rúa se hizo bailando encima de la bomba de tiempo de la convertibilidad. Ni qué decir de la elección de 2003, luego de una macro devaluación que había sumergido los salarios reales, o mucho antes, la hiperinflación que devolvió a Raúl Alfonsín a su casa meses antes del período establecido. En 2015, la situación es bien distinta, cualesquiera sean los análisis que se hagan sobre las variables macroeconómicas.

Justamente por esa calma relativa, todos - quienes buscan continuar el proyecto y quienes se oponen a él - ponen el énfasis en la gestión. Casi nadie señala la hegemonía multinacional como un factor que condicione nuestras vidas. Sólo Jorge Taiana entre los precandidatos del FpV y, con otra visión, algunos candidatos de izquierda, que buscan acumular preferencias señalando supuestas complicidades entre los demás y las corporaciones extranjeras, con lo cual se alejan del foco de la cuestión. Parece por ahora insuficiente para generar el debido debate en el seno de la sociedad, que al menos se agregue a la discusión de cantidad de patrulleros o cámaras de seguridad; de alcúotas de impuesto a los ingresos; de agregado de nuevos subsidios o quita de los vigentes.

Sin embargo, algunos sucesos estremecedores deberán ser tenidos en cuenta. Los miles de pobres de toda pobreza ahogados en el Mediterráneo que, según el

secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, sólo este año duplican a los muertos en el hundimiento del Titanic, es probable que nunca sean recordados envueltos en alguna historia de amor. Frente a ellos, Europa toda reorganiza sus controles y toma tibias medidas de ayuda que - otra vez - no consideran la causa última del problema: la destrucción de las economías domésticas de subsistencia y la inserción en una globalización que incluye sólo a una fracción de cada país. África nunca le importó al mundo rico. Hasta los programas de Bill Clinton, continuados por filántropos poderosos como Bill Gates, buscan eliminar enfermedades sólo para contar con trabajadores baratos que eventualmente reemplacen a los emergentes chinos. Allí están los resultados.

Argentina cuenta con recursos naturales de excepción, que permitieron construir el país actual, fruto del interés imperial por esos recursos y de un fenómeno político todavía no muy entendido, como el peronismo, al cual las clases medias y populares le deben buena parte de su posibilidad de pelear por el reparto de los frutos. Pero eso no nos libera del mundo. Nos incluye en él con lazos más complejos que cualquier país africano, que por un lado nos dan y por otro nos quitan. Los debates políticos deben poner énfasis en el modo que la hegemonía multinacional pone límites a nuestro desarrollo y cómo debemos y podemos actuar. De lo contrario, nunca tendremos balseros, pero seguiremos discutiendo el crecimiento y la distribución como parámetros sobre los que tenemos potestad, cuando en realidad como Nación terminamos igual que el empleado de McDonald's; sin saber quién decide.

JEFFREY SACHS Y OTRA FORMA DE FRAUDE ECONÓMICO

Jeffrey Sachs supo ser una joven promesa de divulgador económico neoliberal, para el cual el déficit fiscal y la inflación lo decían todo. En esa dura lucha del mundo central por adquirir notoriedad y acceder a honorarios por disertaciones y consultorías para los ganadores, que quieren recibir justificaciones de su victoria, la joven promesa dio una vuelta de tuerca a su carrera.

Pasó a estudiar las economías pobres de África y Asia, intentando explicaciones generales a su desgracia. Llegó así a algunas conclusiones llamativas, como que una causa principal es la falta de litoral marítimo, que dificulta el comercio internacional y con ello bloquea el crecimiento económico. Por ese camino se fue ganando un lugar en el espacio del hipócrita círculo del mundo central que postula soluciones para los que menos tienen, las que pasan a ser expuestas en interminables y reiterados congresos y seminarios, mientras la realidad sigue avanzando en un sentido distinto, mucho más perverso.

El pasado 20 de enero, el gurú parece haber llegado a la cumbre. Ha publicado en su versión libro electrónico “The age of sustainable development” - La era del desarrollo sustentable -, a la vez que se anuncia la pronta aparición del libro en papel y un curso mundial virtual para interesados en el tema. El libro ha sido prologado por el secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, y acompañado de elogios de buena parte de la cúpula de instituciones de ayuda como PNUD y similares.

En ese trabajo, se nos explica que los pobres dejarán de serlo cuando hagan las cosas que hicieron antes los que ya salieron de esa condición. El desarrollo es presentado como un concepto lineal, en que la productividad agraria aumenta adoptando las tecnologías del mundo central; la educación y la salud pública mejoran cuando se copia a los que ya tienen buenos sistemas; los gobiernos deben dejar de ser corruptos e ineficientes y las empresas deben ayudar no corrompiéndolos y así siguiendo. La paciencia

del lector se ve tensionada a través de centenares de páginas que describen con aparente candidez el deber ser de una sociedad próspera, donde no hay otros conflictos a resolver que la falta de eficiencia social en el uso de todos los recursos que ya están disponibles por allí. De modo coherente, el término “corporación multinacional” o sus equivalentes y sus implicancias, no aparece ni en los bordes del libro. Los pobres son pobres porque así construyeron su destino, pero la buena noticia es que hay recetas instrumentales para corregir esa suerte, sin lastimar a nadie y para beneficio de todos.

Por supuesto, no es la primera vez que se intenta instalar estos conceptos. Sin embargo, hasta el rigor formal se va deteriorando a medida que pasan las décadas. Hace unos 60 años tuvo prestigio la tesis de Walt Rostow, catedrático del MIT que asesoró a John Kennedy. Se establecían seis etapas para pasar de la sociedad tradicional a una de consumo masivo. Esas etapas del crecimiento se consideraban un tránsito inexorable, donde el paso de una etapa a otra - una vez más - estaba vinculado a la capacidad de acumulación y organización internas, sin demasiada influencia del resto del mundo. El planteo era seductor y llevó a Guido Di Tella, en su etapa de economista académico, a trasladar la metodología a la Argentina, buscando identificar por cuál segmento andábamos.

Los intentos de J. Sachs y varios otros con menor auto bombo que él, pero en la misma dirección, no tienen siquiera el barniz intelectual de aquellos tiempos. Constituyen simplemente un fraude edulcorado para

las aspiraciones del mundo pobre, en tiempos de hegemonía del capital financiero; de paraísos fiscales; de concentración abrumadora de la producción y el comercio; de bloqueo al acceso al conocimiento más básico, que patenta vegetales y medicamentos como cosa corriente.

Por supuesto que el mundo periférico debe hacer mucho mejor las cosas, incluyendo tener mejores y más comprometidos gobiernos. Pero eso solo será posible cuando ese mundo se saque de encima aquellos que explotan sus recursos naturales y depositan sus beneficios en el mundo central, a la vez que bloquean las posibilidades de integración vertical de sus producciones. Si los economistas del mundo central quieren ayudar en ese camino deben hacer intentos como el de Thomas Piketty, pero no detenerse allí sino ir mucho más allá. Piketty demuestra, sin lugar a dudas, la agobiante tendencia concentradora del capitalismo y a continuación propone tibiamente aplicar impuestos a los beneficios y a las herencias, como forma de atenuar los efectos. Singular propuesta: No ocuparse de cómo se genera la riqueza, ni como es su distribución primaria, sino de tironear parte de lo que los ganadores ya disponen y para lo cual tienen cada vez más escondites y refugios.

Necesitamos que Ban Ki-moon deje de prologar guardadas como las de Jeffrey Sachs y que gente como Thomas Piketty se ocupe de la forma en que se genera la riqueza como causa central de la injusticia. Serán solo unos pasos más, pero si quieren ayudar, allí está la tarea.



Fuente

LAS LECTURAS AUSENTES

La hegemonía del capital en el sistema económico mundial y de su sublimación límite, el mundo financiero, donde el dinero se multiplica sin aplicarse a proceso productivo alguno, se extiende a muchos más espacios que a la macroeconomía global y de cada nación. De manera rotunda, el pensamiento económico, el que busca explicar lo que sucede en el mundo y además busca identificar instrumentos para corregir o potenciar esos hechos, también coloca al capital en un lugar de privilegio excluyente. Para el pensamiento económico, quien dispone de capital ordena la vida de los demás y cabe a la sociedad desde poner la alfombra roja para su llegada hasta establecer marcos de regulación para que los resultados sean lo más equitativos al alcance.

En consecuencia, un economista bien formado debe aspirar con fluidez los parámetros agregados que sirven como medida de la evolución de un sistema nacional o global y sacar conclusiones a partir de allí. La tasa de crecimiento del producto bruto, la inflación, la balanza comercial, la balanza de pagos y todos las demás variables similares son las que se busca medir del mejor modo posible, porque ellas configuran el complejo termómetro.

Cada uno de esos números es, por supuesto en alguna medida, el resultado del comportamiento de otras variables del menú, con las que se determinan mutuamente y el resultado del comportamiento y las decisiones de los millones de compatriotas que trabajan, consumen, ahorran o invierten cada día en cada lugar.

El pensamiento económico dominante, sin embargo, le da un peso mucho mayor a la interacción de las variables macro que al comportamiento de las personas o a su organización relativa. Esa diferencia de trato intelectual es compartida por conservadores y progresistas. En un instante dado, unos pueden reclamar austeridad y otros fortalecer el consumo, pero las herramientas que piensan utilizar para alcanzar su objetivo son las

mismas, sólo que aplicadas en direcciones opuestas. Se aumenta el crédito o los salarios o se seca los bancos y se congelan los sueldos; se aumenta el déficit público para aumentar la inversión o se hace de su desaparición una virtud superior. Y así siguiendo. Las variables monetarias y financieras, se supone, se postula, que definen las conductas humanas para marchar en cierta dirección deseada.

La aplicación sistemática de esa mirada, sea desde un punto de vista favorable al capital y su acumulación, sea a la inversa, buscando mejorar a los desposeídos, ha empobrecido notablemente el análisis y los debates en las democracias modernas. Efectivamente, al descartar los exámenes estructurales, el estudio de las relaciones de producción, aquellos que buscan defender a los perdedores del sistema, mantienen intacta la hegemonía intelectual del capital como variable alrededor de la cual gira todo lo demás. Terminan así haciendo un esfuerzo tras otro, por utilizar las herramientas definidas por el capitalismo más ortodoxo, sólo que buscando pegar el martillazo con el mango.

Muchos pensadores - sobre todo del mundo central - han advertido esta sustancial debilidad y han encarado estudios de diverso nivel de profundidad, sobre la que llamamos "economía real". Poco es lo que ha llegado por estas playas, pero la dinámica allí es más fuerte que aquí y vale la pena rescatar al menos un par de casos como ejemplo.

Las discusiones sobre la dominancia en la cadena de valor, por ejemplo, son de inmenso valor. Hace 20 años, un grupo de sociólogos de la Universidad de Duke, en Estados Unidos, liderado por Gary Gereffi, comenzó a difundir su aprendizaje a partir de estudiar las relaciones de poder entre los eslabones de una cadena de valor productiva y sus efectos sobre la distribución entre ellos del valor agregado. Eligieron la industria de la indumentaria como caso piloto y se aplicaron a la maqui-

la mexicana y de países de Asia y Centroamérica. Ese grupo luego configuró un triángulo con otro en Sussex, en Inglaterra, y otro en el MIT, de Massachusetts, y con los años la mirada se diseminó por el mundo. Esta metodología produjo análisis de enorme importancia para entender la organización global de la industria de bienes de consumo con baja tecnología (indumentaria, calzado); la automotriz; la electrónica y muchas más, explicando las diferencias entre ramas y los efectos en cuanto a poder y fracciones de valor apropiadas.

Se aplicó y aplica a industrias nacientes en toda África. Con una característica interesante e importante sin embargo: Explica las estructuras que se generan y los desequilibrios internos, marcando los ganadores y perdedores, pero no suministra herramientas decisivas para que la periferia - los pobres de África o de México - salga de la subordinación. Muestra la enfermedad, pero encontrar la vacuna es aún hoy un problema de los países con dificultades.

Con una significativa excepción, al menos que yo conozca. Gary Gereffi coordinó durante este siglo varios estudios para el Departamento de Energía de Estados Unidos (DOE), sobre las cadenas de valor de bienes que producen o usan energías no convencionales. Desde los vehículos a gas a las baterías de litio han sido estudiadas como cadena - recomendando enfáticamente buscar y conocer alguno de estos estudios - y allí aparecen recomendaciones para superar las debilidades norteamericanas frente a otros países que han realizado mayores avances al momento. A mi criterio, eso pudo ser porque allí los investigadores alcanzaron a ponerse en la piel del más débil - en este caso su país - y conocen los instrumentos a la mano para actuar, situación que en casi ningún caso se profundizó cuando son otros los países con el problema.

A la fecha, la dominancia al interior de cadenas de valor productivas no forma parte de ninguna currícula universitaria argentina, ni de economía ni de sociología o de ingeniería. Nos falta el equivalente a una lupa moderna en nuestra caja de herramientas básica.

Un segundo caso muy importante es más contemporáneo. Otra vez en la Universidad de Sussex, Inglaterra, hay un grupo liderado por Mariana Mazzucato, que ha generado un cuerpo de ideas sobre el Estado que se necesita en el mundo actual, cuyo crecimiento está traccionado por la innovación. En notables trabajos, se examina la participación del sector público en las innovaciones que han producido cambios estructurales - Internet, equipos de comunicación, biotecnología y otros - demostrando que el Estado se hizo cargo de prácticamente la totalidad de las inversiones de riesgo

hasta consolidar las innovaciones y sus efectos. De ese trabajo, se deducen varias cosas, de las cuales dos nos interesan centralmente para este documento:

a) El Estado no debe actuar sólo como administrador del mercado vigente, apuntando a corregir sus deficiencias. Debe construir mercados. Debe pensar y hacer donde nadie hace.

b) Para lo anterior, se deben superar planteos organizativos profundos, diseñarse sistemas especiales de financiación y por sobre todo: construir escenarios inclusivos, que hagan que los beneficios de las innovaciones no sean apropiados por sectores concentrados, sino que por el contrario aporten a la fracción de población más grande posible.

Suena valioso, muy valioso. Para el mundo periférico, - a quien los estudios no tratan por separado - le marca un camino desafiante, donde el Estado no debe ser sujeto pasivo, sino por el contrario debe ser el tractor, el líder del cambio.

La Investigadora mencionada ha participado de video conferencias en seminarios recientes de economía heterodoxa, por lo cual esta mirada está más visible que la anterior y podrían ser breves los tiempos para pasar a estudiar sus tesis. Sin embargo, eso no será suficiente. Justamente, nos queda a nosotros, los periféricos, la extrapolación a nuestra realidad del latiguillo aquel: El Estado debe pensar y hacer donde nadie hace, que es en rigor una actualización de una consigna de Lord Keynes, de 1926. Si el Estado fuera en esa dirección, no haría solamente lo que se le pide para el mundo central. También trabajaría en la innovación generada por cambios en la organización productiva, que abarquen a los sectores hoy excluidos y seguramente a varios ámbitos de satisfacción de necesidades comunitarias.

La producción popular, una idea fuerza que el Instituto para la Producción Popular (IPP) está batallando por visibilizar y luego analizar, implementar, debatir todo lo necesario, es el componente complementario de las propuestas de M. Mazzucato, válido para nuestros países, donde el estado innovador es un actor transformador de organizaciones sociales productivas. Deberíamos tener oportunidad de interactuar con el grupo de la Universidad de Sussex, para mostrar que esta faceta de nuestras realidades se incluye en su modelo, pero hoy se cae de su mirada cotidiana.

Podríamos seguir con otras propuestas para una nueva economía, que pululan por Europa y Estados Unidos y aquí no figuran en programa de enseñanza alguno, ni siquiera como revisión crítica. Pero debo interrumpir porque tengo que averiguar si el Banco Central compró o vendió dólares esta semana. Dato clave para seguir con la cabeza en la morsa.

OBJETIVOS DEL MILENIO Y PRODUCCIÓN POPULAR

En 1990, las Naciones Unidas establecieron los Objetivos del Milenio, a cumplir en los siguientes 25 años, para mejorar todas las facetas de los ciudadanos más desposeídos del planeta.

En un reciente informe de NU se analizan los resultados alcanzados. Y allí los redactores no se diferencian demasiado de un político en campaña, deformando datos y conclusiones según cual sea el lado del mostrador que se ocupa.

Nos concentraremos en el objetivo 1: Erradicar la pobreza extrema y el hambre, que a su vez planteó estas metas:

1A- Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas cuyos ingresos sean inferiores a 1 dólar por día.

1B- Alcanzar empleo pleno y productivo y trabajo decente para todos, incluyendo las mujeres y los jóvenes. En cuanto a la primera meta, se sostiene que en todo el mundo se bajó el porcentaje de personas que viven con menos de 1,25 usd/día (se corrigió la cifra original como forma de considerar una inflación elemental), de 36% al 12%, superando la expectativa del 18%. Para llegar a esta conclusión, NU convalida el arbitrario criterio de medir pobreza por ingresos y no por el acceso a una canasta básica, que sería claramente más razonable, aunque fuera más complicado. Eso le permite al organismo concluir, por ejemplo, que la pobreza extrema bajó en China del 61% al 4%, o que la única región en que subsisten problemas serios es el África Subsahariana. Y varias otras conclusiones igualmente arriesgadas.

Naciones Unidas eligió el camino de esconder a los

pobres y con eso allanó el camino para que muchos países también lo hagan.

Lo que no ha sido tan factible es sacar conclusiones favorables en la segunda meta. Analizando el mundo de trabajo esencialmente desde la óptica de que los empleadores - los dueños del capital - son los que traccionan el empleo y los trabajadores buscan adaptarse a esa demanda, el organismo señala que, desde 1991 a 2015, la proporción de habitantes empleados en relación al total en edad laboral bajó del 62% al 60% en el mundo, con una caída mayor en el mundo en desarrollo (64 a 61%) que en el mundo desarrollado (57 a 56%). Según las estadísticas oficiales, hay 204 millones de desempleados en el mundo, 53 millones más que en 1991. Cabe destacar que también estos números son opinables porque se llama desempleado a quien busca trabajo y no lo encuentra, pero no se incluye en esa categoría a quien dejó de buscar porque no encontró en un año.

Allí no reside la faceta más débil y cuestionable del trabajo, sin embargo. Está en la calidad del trabajo y de su remuneración.

NU clasifica a la población trabajadora en cinco categorías según sus ingresos. Habla de extremadamente pobre, moderadamente pobre, casi pobre, clase media en desarrollo y, por fin, clase media desarrollada y superior. Para no aburrir con números, una familia de clase media en desarrollo es -según Naciones Unidas- la que vive con más de 480 usd/mes y menos de 1.560 usd/mes para una familia de 4 personas. O sea: en la Argentina una familia que vive del salario mínimo de una persona (6000\$/mes) es para Naciones



Fuente

Unidas de “clase media en desarrollo”.

Sobre esos parámetros enteramente cuestionables, se festeja que en 1991 el 82% de las familias trabajadoras del mundo eran consideradas pobres y en 2015 esa proporción se ha reducido al 52%.

Hay más: La proporción de trabajadores en empleos vulnerables. Se considera empleo vulnerable al trabajo por cuenta propia - sin seguridad social - y los trabajadores que se desempeñan en un contexto familiar, ayudando al jefe de familia. Esa proporción ha pasado del 56% de los empleados totales en 1991 al 45% en la actualidad. Por efecto del aumento de la población mundial, sin embargo, su número ha pasado de 1.260 millones en aquel entonces a 1.450 millones en la actualidad.

Naciones Unidas podría bien concluir: Estamos mal, pero vamos bien.

No se puede evitar advertir que el mundo está tapando el sol con una red y que el sistema capitalista globalizado y concentrado no está dando solución, ni en cantidad ni en calidad de trabajo generado.

Explicar el problema con el consabido latiguillo de que la tecnología evoluciona de un modo que aumenta la productividad reduciendo el empleo global, es tomar un pedacito de la verdad, porque en simultáneo con esa realidad de la tecnología de punta quedan multitud de oportunidades de trabajo, para atender desde problemas ambientales o de infraestructura, hasta obviamente la demanda de bienes básicos que se generaría si los excluidos tuvieran mejores ingresos.

Asignar el problema a la concentración de la riqueza es también una verdad a medias. Si se nacionalizaran o aún cooperativizaran los grandes complejos productivos del mundo, eso no aumentaría la cantidad de trabajo disponible en forma directa. Sólo lo haría

por la mejor distribución del ingreso.

Aumentar la demanda interna a través de subsidiar a los que menos tienen, como ha hecho la Argentina, es un aporte de justicia clara, pero no es solución estructural, porque los recursos para los subsidios deben obtenerse a través de impuestos y esto tiene un límite que, si se supera, traslada tensiones al conjunto de la economía y de la sociedad.

El camino de salida sólo puede comenzar a configurarse cuando dejemos de negarnos que el capitalismo ha generado dos mundos: uno movilizad por el lucro, donde cabe una cierta proporción de la población y otro expectante, que sólo aspira a sobrevivir de una manera digna, al cual el primero sólo cree que necesita de manera menor, pensando que la inclusión de éstos últimos no forma parte de sus problemas esenciales.

Así funciona la subjetividad de los ciudadanos del planeta y así de desastrosos son sus resultados. Cabe la exhortación ética, al estilo de lo hecho por la Iglesia católica y otras durante siglos. O cabe que desde espacios comunitarios con posibilidad de construcción de escenarios innovadores, contando allí por supuesto todos los espacios gubernamentales que se pueda, se implementen ámbitos donde el trabajo de los llamados excluidos - frase poco feliz que sugiere que es posible incluirlos - y de otros, insatisfechos con el lugar que el capitalismo les ha otorgado, contribuya organizadamente a la mejora de su propia calidad de vida y de sus semejantes. Con vasos comunicantes con el mundo del lucro, pero no como apéndices mal pagos, al cual entregan su trabajo y también el valor agregado que incorporan, reproduciendo así la miseria.

Hay algo de lo que estamos convencidos: los marginados del planeta no podrán tener un futuro digno sólo en base al esfuerzo porque sean tributarios de los que hoy estamos del lado de arriba. Ni siquiera, por supuesto, a través del reclamo militante de la mejora sistemática en la asistencia social que se brinde.

El nuevo universo, en gestación en buena parte del mundo, inorgánico aun pero con una diversidad y fuerza notables, es lo que llamamos producción popular.

En el Instituto para la Producción Popular (IPP) le estamos entrando al tema de manera riesgosa, ya que a la vez que hacemos, construimos teoría, aprendiendo de nuestros errores y de los demás. Pero va. Cada día estamos un poco más cerca de entender y, si entendemos, de ayudar. Las puertas están abiertas.

**PRODUCCIÓN
POPULAR,
ATENDER
LA DEMANDA
SOCIAL ANTES
QUE EL LUCRO**

LA RESIGNACIÓN, NUESTRA ENEMIGA COMUN



“A path appears - Transforming lives, creating opportunity “ (Aparece un sendero - Transformando vidas, creando oportunidades), de Nicholas Kristof y Sheryl Wudunn, es un típico libro de cierta escuela sociológica norteamericana, que evita los axiomas y las definiciones ideológicas tajantes. Todo lo que se afirma busca fundamentarse en experiencias de campo, en estudios de conducta de personas y grupos, con la mayor cantidad de resultados que se puedan medir.

En este caso, se busca aclarar qué acciones ayudan a reducir la pobreza y aumentar la inclusión y cuáles otras son espejismos.

En el capítulo 8, que forma parte de la sección de diagnóstico y a la vez de inducción de algunas ideas fuerza que permitan ordenar propuestas en una sección posterior, se analiza el llamado comportamiento autodestructivo de quienes están en la trampa de la pobreza extrema y permanente. Allí se cuenta que el promedio de los más pobres del mundo gastan 2%

de sus magros ingresos en la educación de sus hijos. Pero en Papúa, Nueva Guinea, una familia tipo gasta el doble de eso en alcohol y tabaco del hombre jefe de familia; en Udampur (India) la proporción es tres veces y en Guatemala hasta cuatro veces. ¿Cómo se explica eso?

Los autores lo explican - y fundamentan en variadas experiencias - a partir de la pérdida de esperanza de salir de esa condición extrema. Textualmente: “En la condición humana está embebida una necesidad de alegría, entretenimiento y compañía, así sea como alivio de corto plazo a la miseria permanente. Cuando es pobre, mucha gente se siente encerrada en una trayectoria de desesperanza y muchas veces responde de modos que hacen a esa desesperanza auto cumplida y la transmiten a la generación siguiente.” Con los debidos recaudos, el libro refuerza el concepto con una serie de experiencias con animales - perros, concretamente - en la década de 1960 en la Universidad de Pennsylvania. Allí, se sometía a los pobres bichos a una serie de shocks eléctricos de manera repetida, a los que se acostumbraban de tal modo que aun abriendo la puerta de su jaula no escapaban. En una segunda etapa se agregaba un dispositivo que el perro podía actuar con su nariz y detener los shocks. Cuando lo aprendía, interrumpía su tormento y al poco tiempo salía de la jaula.

La aparición de la esperanza es un componente necesario para poder pensar salidas. Justamente la discusión central en la que se embarcan luego los autores es cómo se ayuda a construir ese valor al interior de compatriotas, los que no se puede esperar que tengan reacciones típicas de “actores racionales de Mercado”, como imaginaría un pensador neoliberal. En otra ocasión podremos profundizar la discusión de sus propuestas. Aquí me interesa entender y compartir hasta dónde la resignación a vivir en condiciones no satisfactorias, de variada dimensión de indignidad o de incomodidad, forma parte de nuestro escenario social y político moderno en la Argentina y no se limita a una patología de la pobreza extrema. Veamos la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo. Es una ciudad con más de 250.000 personas que viven en villas de emergencia, hoteles precarios o casas tomadas; donde el 33% de los habitantes alquila su vivienda; donde hay más de 600.000 jubilados, con la gran mayoría de ellos cobrando el valor mínimo. La escuela pública no está garantizada para todos; el sistema de salud pública está sobre demandado; los cortes de energía eléctrica son la norma más que la excepción; el traslado de un punto a otro es un desa-

fío. En síntesis: se vive mal.

¿Cómo se explica entonces que cuando se trata de elegir quien maneja el Estado local se elija - y se ree-lijan - una propuesta que se puede resumir sosteniendo que hay que dejar todo como está y actuar como lo haría un administrador de consorcio, mejorando algunos aspectos operativos pero sin cambiar estructura alguna? Eso sería razonable para el 15/20% de la población, que forma parte de los ganadores estables del sistema, pero no para más de un 40% de los habitantes de la ciudad. Tiene una explicación con dos facetas:

1. La resignación de muchos “perdedores” a aceptar que de la política no vendrá solución alguna y que un manejo del gobierno por un conjunto de ex gerentes de empresas al menos podrá evitar que las cosas empeoren.

2. La impresión que las propuestas alternativas se limitan a decir que ellos lo harían mejor, discurso escuchado por generaciones y siempre más falso que verdadero.

No les falta razón a esos compatriotas, mirando desde su desesperanza. El punto es que la salida justamente está en la capacidad de reconstruir la esperanza en los que están mal. Y eso significa ayudarlos a ser protagonistas de esa recuperación, lo cual difiere mucho de la convocatoria a cambiar aquél en quien deleguen su confianza. Se trata de crear ámbitos donde esos compatriotas creen que hay salida y buena parte del camino lo recorran ellos. Es participación, no delegación. No es “sígueme” travestido de mil maneras, sino “hagamos y hagan”, en un marco contenido por el Estado, que permita ganar confianza a través de cada logro, de cada paso.

Este desafío no es comprendido por mucha de la dirigencia política que confronta con el PRO. Buena parte del FpV mismo cae en esa trampa de acusar al PRO de errores instrumentales, cuando el problema es de concepción estructural. Si hubiera más subtes o menos basura en las calles el problema cualitativo para gran parte de la población sería el mismo.

Hay un tercer plano social - además de la pobreza extrema y el voto de clase media y popular en CABA - que sirve para ejemplificar como nos afecta la resignación ante aquellos que consideramos inmodificable. Es el análisis de la economía.

El período que comenzó en 2003 creyó con fuerza que la condición de los sectores populares podía mejorarse fortaleciendo el mercado interno y subsidiando consumos o ingresos de los que menos tienen o pueden. Se siguió ese camino con tenacidad y

continuidad y se consiguieron mejoras notorias en la condición de vida popular. Sin embargo, hace unos pocos años comenzaron a quedar en evidencia limitaciones del intento, que frenaron el crecimiento general y también el del ingreso de los más humildes; que reinstalaron la restricción externa y la inflación en el escenario, cuando se consideraba que eran dos aspectos superados o al menos controlados.

A diferencia de otras épocas, hay numerosos economistas jóvenes, y no tanto, que comparten la vocación de justicia social explicitada por el gobierno. Sin embargo, es casi nula la asociación de las dificultades de estos últimos años con la hegemonía multinacional en la producción, el comercio nacional e internacional y las finanzas. Esa hegemonía:

- 1.** Disminuye la tasa de inversión por el giro de utilidades al exterior.
- 2.** Refuerza cualquier tendencia inflacionaria por el control que esas empresas tienen sobre los sectores en que operan.
- 3.** Debilita el tejido industrial - y con ello el empleo - porque en cada cadena de valor se importan materiales y componentes por intereses de cada corporación, sin vocación de sustitución de importaciones.
- 4.** Agrava la restricción externa por lo antedicho y además por prohibición de exportar por parte de varias casas matrices.
- 5.** Debilita la innovación porque las filiales de multinacionales no invierten en investigación en el país.

El conjunto de esos factores negativos no puede ser soslayado y lleva a la necesidad de pensar estrategias para trasladar producciones y servicios a manos nacionales, en las más diversas combinaciones público privadas, como condición para tener una adecuada dinámica de desarrollo. Es muy evidente. ¿Por qué se cuentan con los dedos de una mano los economistas que hablan sobre esto?

Parece que por resignación. El capitalismo global está instalado con tanta fuerza que la gran mayoría de los buenos economistas progresistas piensa que no se podrá trabajar en otro escenario que el actual, ajustando toda clavija posible para que el reparto de frutos tenga en cuenta a los más débiles, pero sin hacer gran cosa en cuanto a la forma de generar la riqueza. A pesar de ridiculizar el discurso noventista que convocaba a “los inversores” como la llave del progreso, se cae en lo mismo, en términos prácticos, aunque con otro discurso. Poco es lo que se cree posible en cuanto a la capacidad inversora del ciudadano medio, orientado adecuadamente, o en cuanto a la capacidad de organizar/se y capacitar/se de los

millones que configuran la base de la economía.

Encuentro analogías fuertes entre la resignación a la trampa de la pobreza extrema; el voto al PRO en CABA; la invisibilidad de las multinacionales en el origen de nuestros problemas económicos. Superar las tres resignaciones y transformarlas en esperanza de hacer algo distinto es clave para nuestro futuro. Tienen en común una necesidad elemental: Que quienes diseñan las políticas públicas admitan un diagnóstico que está muy a la vista y reemplacen la pasión por la delegación - en ellos - por igual pasión en la participación, de todos.



LA VIDA MAL INTERPRETADA

En 1950, hace ya más de 60 años, Enrique Santos Discépolo, devenido Mordisquito, reclamaba por radio a parte de sus oyentes por la poca vocación para mirar hacia atrás en sus vidas. Después de un lustro de mejora masiva y sustancial del salario real, en una sociedad con plena ocupación, todos y cada uno aspiraban a satisfacer necesidades reprimidas por generaciones. Muchos, cuando superaban el umbral de necesidades básicas, comenzaban a mirarse en el espejo de los gustos y consumos de los que siempre habían tenido recursos y aspiraban - entre

tímidos y agresivos - a disfrutar de lo mismo. Mordisquito le recordaba a estos reclamantes de dónde venían y los tildaba de ingratos.

Los sociólogos se ocuparon de etiquetar al período como de fuerte movilidad social ascendente, usando una opinable imagen de sociedad con una escalera al éxito, donde las personas se instalan en los escalones que pueden. Bajo esa mirada, efectivamente era de esperar que millones ascendieran por la escalera, en lo que era una inédita etapa de mejora de la distribución del ingreso.

Sesenta años después varias cosas son distintas y por lo tanto, Mordisquito debería cambiar su discurso. Sin embargo, en muchos ámbitos de la dirigencia política, ese tipo de reflexión se reitera. Las diferencias esenciales entre el hoy y el ayer son:

- Las muy fuertes oscilaciones económicas crearon una figura nueva: la movilidad social descendente. Se podía y se puede mejorar la calidad de vida personal y de nuestro entorno, pero también se puede retroceder. En varias circunstancias, bajó más gente que la que subió, por lo que hay un componente que era inexistente en aquellos tiempos peronistas: el miedo a perder cosas.

- Esas mismas vacas flacas, asociadas a la hegemonía multinacional en la producción, la globalización y la tecnificación a ultranza de algunos procesos, crearon otra figura nueva: la exclusión. Grupos de compatriotas, a lo largo de más de una generación, han quedado fuera del trabajo, al menos en los términos históricos de la relación de dependencia formal. Por un lado, han aparecido nuevas formas de trabajo, enteramente ajenas al molde empleador-empleado. Por otro lado, han aparecido obstáculos a la mera supervivencia, que finalmente el gobierno iniciado en 2003 ha buscado con bastante éxito eliminar a través de la creación y permanente fortalecimiento de un poderoso Estado de Bienestar, como nunca se vio antes en la historia argentina. Ante las dificultades para repetir la inclusión por el trabajo, como sucedía en 1950, se está incluyendo por el ingreso, acercando a millones a la posibilidad de completar su consumo básico.

De tal modo, no se puede evitar asumir la historia y la memoria colectiva, donde están como posibilidades la movilidad social descendente y la exclusión, situaciones sociales demasiado frecuentes en la sociedad argentina.

El período político que comenzó en 2003 es el primero desde 1973 que puso y pone como meta explícita y prioritaria la mejora del consumo. Es evidente que eso requirió mejorar los ingresos, tanto de los que trabajan como de los que no lo hacen, y están contenidos por el Estado de Bienestar. Los éxitos alcanzados están a la vista y no pueden ser desmentidos por estadística alguna. Sin embargo, para evaluar la reacción popular, y también para hacer proyecciones futuras, incluyendo las electorales, es importante tener en cuenta la historia de las últimas décadas y la existencia de dos miedos sociales significativos, que se desprenden de lo comentado:

- El miedo a perder todo o parte de lo que se tiene.
- El miedo a perder la ayuda pública.

LA MIRADA DE LOS SECTORES MEDIOS

La fracción de la población que tiene una calidad de vida inferior en su memoria familiar y una calidad de vida supuesta superior en su imaginario, o sea: la llamada clase media, se expandió al ritmo del crecimiento de las ciudades. Éstas a su vez convocaron con la mayor fuerza en la etapa de sustitución de importaciones, que desarrollo industrias de todo tamaño y actividad, junto con servicios asociados a los procesos productivos; otros servicios vinculados al uso de la mayor capacidad de consumo y finalmente, las burocracias públicas consiguientes.

En 60 años, la mayoría de la clase media pasó de ser compatriotas nacidos pobres y posiblemente migrantes internos, a ser compatriotas nacidos en familias de clase media.

Aquellos sabían lo que dejaban atrás. Estos son propensos al miedo a perder, sobre todo cuando el país anduvo a los bandazos varias décadas.

Aquellos escuchaban a Perón preguntar desde el balcón quien había visto alguna vez un dólar. Estos aprendieron a usar el dólar como refugio de valor a medida que las devaluaciones salvajes les iban despojando de sus ingresos.

Paradójicamente, aquellos tenían una visión más optimista de su entorno y del futuro. Estaban creciendo. La actual clase media tiene una subjetividad más torturada. Está aguantando.

No les faltaba ni falta razón. Aquellos probablemente estaban comprando en 100 cuotas lotes en los conurbanos y construyendo palmo a palmo su vivienda. Éstos, en condiciones normales, no pueden comprar una vivienda, en un espacio que ha quedado controlado por la especulación en tierras y las constructoras rentistas.

Allá había pleno empleo y los hijos de esa naciente clase media llenaban las escuelas técnicas y más tarde las universidades, de las cuales egresaban con proyectos propios de nuevos talleres para profundizar la sustitución de importaciones. Acá y ahora el desempleo se considera bajo en el 7% y el trabajo independiente es cada vez más una quimera, a menos que se refugie en el comercio o tareas menores. Con relación a sus expectativas, que las comunicacio-

nes globales instantáneas convierten en necesidades- al menos aparentes- la clase media actual vive mal. Y haciendo uso del reflejo natural de casi cualquier ser humano, le echa la culpa a los sucesivos gobiernos, que le quitaron esa expectativa de crecimiento lineal, que duró apenas 10 años en la posguerra, pero que se asume como una condición posible, en un país que se dice rico en recursos, con migración interna e inmigración fronteriza a las ciudades, justamente por esa riqueza mítica que otros vienen a compartir.

Por ese motivo, toda mejora que provenga de una medida oficial tiende a verse como insuficiente, a la vez que toda mejora que llegue a los excluidos se ve como exagerada.

Los sectores políticos conservadores, que creen poder montar su futuro en esa psicología de masas procuran mostrar:

- Que en lo esencial nada puede ser mejor para todos a la vez. Hay que vivir con lo que está a mano y algunos podrán disponer de un golpe de suerte que los mejore.
- Por lo tanto un buen gobierno es aquel que administra el edificio social como quien administra un consorcio. No cambia el edificio sino que trata que los servicios rutinarios funcionen bien.
- Adicionalmente, es responsabilidad del gobierno evitar que se sumen otros a disfrutar de los bienes que los sectores medios y altos tienen a disposición. Es una forma de evitar el “retroceso”.

Por su parte, aquellos que intenten ir en otra dirección, que busque una mejora general, tienen un problema serio para establecer su comunicación con los sectores medios. Una opción simple sería mimetizarse con los conservadores e intentar confrontar a partir de mostrar la baja eficiencia en alcanzar los logros pretendidos. Pero eso tiene el problema de que el electorado sólo admite ese discurso a partir de propuestas sin historia, que resulten sólo divergencias reales de gestión con lo ya establecido. Una propuesta que quiera ser transformadora no puede limitarse a discutir si el gobierno conservador incumplió lo prometido y esperar sacar de eso un rédito electoral.

La única opción que parece fértil, aunque dura, es identificar las carencias objetivas de esos sectores medios que hoy están resignados a seguir así y defenderse de los que vienen de afuera o de abajo y plantear soluciones creíbles y concretas a esas cuestiones.

Esas carencias son temas gruesos, como vivienda, trabajo masivo, infraestructura que hoy sea frágil, como la energía eléctrica; educación y salud de calidad. En una jerarquía superior aparece - coronando el menú - la posibilidad de participar activa o pasivamente de mega

proyectos de inversión masiva, que den mayor seguridad económica al futuro personal y familiar.

Si se cuenta con esas propuestas más allá de la retórica y, además, si en ellas los ciudadanos podrían tener mayor control de los resultados mediante alguna participación en la implementación, se tiene un conjunto de conceptos con los cuales intentar un cambio en la tendencia que agrupa los núcleos conservadores de la población al interior de las grandes ciudades.

LA MIRADA DE LOS EXCLUIDOS

La inclusión plena a través del trabajo hace décadas que dejó de ser considerada factible en plazos cortos, por cualquier elenco gobernante. A medida que se fue consolidando la etapa democrática iniciada en 1983, fue creciendo el esfuerzo de imaginación y presupuestario para alcanzar lo que podríamos calificar de segundo mejor: la inclusión por ingresos, subsidiando diversas facetas del consumo popular.

Un gobierno con vocación popular, como el iniciado en 2003 en el país, ha llevado las cifras de transferencias de recursos a guarismos sin antecedentes en la historia argentina, que hoy superan el 10% del Producto Bruto Interno (PBI).

El método de subsidiar a los que menos tienen se ha hecho el camino de manual. Tanto es así, que también opciones conservadoras, como la que gobierna en la Ciudad de Buenos Aires, han implementado una enorme batería de medidas. De manera no sorprendente, la diferencia entre el gobierno nacional y el local es que el segundo publicita sus iniciativas, pero ninguna de las vías oficiales de comunicación le da real dimensión cuantitativa. Un observador simplemente curioso no tiene manera de extraer datos de cantidad de beneficiarios de cada programa a partir de lo informado en internet por el gobierno de CABA. Esto tiene una sola explicación posible: la intención de no malquistarse con sus adherentes políticos principales, que son los sectores medios.

En ambos escenarios - el nacional y el local - hay una fracción de los compatriotas que están contenidos por un sistema estatal que les permite atender parte de sus necesidades básicas.

Ese sistema, en tanto no hay vías alternativas de inclusión por el trabajo, genera inexorablemente - más allá de la vocación de quienes lo diseñan - un temor de los subsidiados a perder esos subsidios y una dependencia

concreta de la decisión de la dirigencia política de mantenerlos. En el plano electoral, puede razonarse que los conservadores manipulan ese miedo y aquellos con vocación de justicia social no lo hacen, pero en términos prácticos la posibilidad de manipulación de voluntades por ese temor primario y elemental existe en cualquier caso.

Los conservadores modernos se mueven con comodidad en escenarios como el esquematizado. Quienes desean algo mejor para los humildes, es de esperar que sientan mayor inquietud, que reflexionen con más intensidad sobre las vías de inclusión sustentables.

En cualquier caso, el tiempo transcurre a favor de las lógicas más reaccionarias. La cultura del trabajo se pierde con el pasar de las generaciones; la brecha de exclusión se consolida y una propuesta popular no puede resolver estas graves cuestiones acumulando más transferencias de recursos económicos, sino creando al menos algunos escenarios donde la ocupación colectiva, la solidaridad, la mejora de la calidad de vida a través del trabajo de todos, adquieran un sentido concreto, visible, solvente.

LA PRÉDICA ELECTORAL DEL CAMPO POPULAR

El kirchnerismo ha ganado demasiadas elecciones para que se cometa la aparente irrespetuosidad de criticar su forma de aproximación al electorado. Sin embargo, los sistemáticos resultados negativos en varias de las grandes ciudades argentinas abren una rendija para admitir la necesidad de algunos cambios. En lo que sigue nos referimos, salvo señalar algo distinto, a la Ciudad de Buenos Aires, en parte porque es el espacio más conocido por quien escribe, en parte porque es de aquí de donde emerge la fuerza política con mayor posibilidad de confrontar con el FpV a nivel nacional.

Primer concepto: El FpV se presenta como la fuerza con más vocación de cambio.

Con ese planteo se pasa por alto que los sectores medios no tienen vocación de cambio global, a menos que se identifique la solución a problemas agudos como los que se ha enumerado más arriba: la vivienda, la energía eléctrica, el trabajo digno. El cambio, como concepto genérico abstracto, no es lo que moviliza a ese electorado.

Tampoco es crítico para los sectores más humildes enredados en la dependencia de la asistencia social conservadora, por todo lo antedicho. Aquí debe cuestionarse un axioma del peronismo de siempre, en cuanto a la fidelidad

electoral de los sectores más humildes. Eso es válido para los pobres con esperanza, no para los pobres con resignación. Éstos últimos se quedan y quedarán dentro de la cárcel de puertas abiertas que conocen, como lo muestran los resultados electorales de los barrios más humildes de la ciudad.

Para generar esperanza en los pobres de CABA no es suficiente con pasar revista al menú de transferencias de recursos. A ese menú muchos – muchos más que los que imaginamos desde afuera – lo acumulan a lo aportado por el PRO. De ese modo, la suma solo tiene sustentabilidad para los involucrados si se vota al PRO.

CONCLUSIÓN

El campo popular, en suma, tiene un desafío frente a los sectores medios y otro frente a los sectores más humildes, los excluidos.

A unos y a otros debemos ayudarlos a entender cuáles son los caminos auténticos de mejora de calidad de vida, que además no deben ser contradictorios entre sectores, convirtiéndose en suma cero.

Cuando decidamos hacer ese esfuerzo, dejaremos de increpar a los opositores “pudientes” que sin embargo no tienen casa propia o evitaremos prometerles un cambio en el que no confían porque se limita a ponderar nuestra hipotética gestión de la misma estructura vigente. También dejaremos de creer que el futuro puede ser optimista incorporando todos los subsidios que el presupuesto nacional permita dentro de límites de prudencia flexibles.

Debajo o detrás de esos escenarios erróneos aparecerán la especulación en tierras urbanas, que hasta ahora los programas oficiales se han limitado a financiar; los monopolios; las corporaciones multinacionales; las cadenas de valor incompletas; el abastecimiento de bienes básicos con intolerable cantidad de intermediarios; el trabajo en negro y esclavista como entidad asfixiante; la falta de productividad global; la falta de vínculo entre la ciencia y la tecnología con la educación popular o la producción; la educación como rutina en lugar de ser un ariete transformador. Tantas y tantas facetas que no vemos quienes dedicamos mucho tiempo a la política y que, cuando las intuimos, nos limitamos a tirarlas al aire como meros títulos, ayudando al desaliento y la desconfianza masivos.

Hay mucho para hacer.



Fuente

¿CÓMO AYUDAR DE VERDAD?

En la política se puede trabajar detrás de infinidad de zanahorias distintas.

Los ciudadanos que no se involucran en política, ni siquiera como observadores atentos, tienden a pensar que el principal móvil de los que participan en política es acceder a beneficios personales, que no necesariamente son económicos, que también tienen que ver con lo que podríamos llamar el disfrute del poder.

No se equivocan demasiado. La posibilidad de influenciar la vida de otros seduce a los seres humanos. Sin embargo, justamente allí se abre un árbol con numerosas ramas. Se puede buscar poder político para fortalecer la inercia del capitalismo salvaje y extraer de sus compatriotas todo lo que se pueda, hasta su sangre. En el otro extremo, se puede buscar ese poder para tratar de modificar estructuras perversas que generan explotación y la perpetúan, condenando a millones que aún ni siquiera han sido concebidos.

La democracia representativa, por su parte, ha cons-

truido un embudo que limita a unos pocos miles de personas la posibilidad de ejercer el poder institucional. Se sostiene en el discurso la participación popular y se establece en la práctica formas delegativas, que bloquean la participación. Ese escenario lleva por lógica elemental a la perpetuación de la dirigencia que ejerce poder, primero mientras la biología lo permite y luego dando lugar a hijos y parientes más jóvenes, en una transferencia cuasi hereditaria que bastardea aún más la participación.

No quiero forzar conclusiones adicionales, pero la historia muestra que aquel embudo limita las posibilidades transformadoras de cualquier iniciativa en cualquier tiempo político. La seguridad personal sobre la continuidad en la gestión genera autocomplacencia, festejo de logros menores, convicción creciente de que lo que hace o hizo es lo que se puede o pudo y no hay para más.

Si la evidencia objetiva de la realidad social deja de

coincidir con la subjetividad de los gobernantes, aparecen dos caminos:

a) El institucional: Pujar por cambiar las acciones públicas participando en elecciones o con los reclamos sociales que se pueda organizar.

b) La acción directa junto a los que más necesitan, para ayudar a mejorar su condición de vida aquí y ahora.

Ambos planos no son excluyentes. Su diferencia de dimensión es enorme, porque las instituciones públicas, para bien o para mal, tienen una influencia muy superior a lo que se hace fuera del gobierno. Para peor, la tradición fuera del gobierno ha sido asistir a los más humildes para que vayan tirando o para mejorar la infraestructura más elemental o creer que los cursos de capacitación para aspirar a un empleo son una solución valiosa.

Los programas oficiales de apoyo a la base social tienen una larga historia de contaminación con el neoliberalismo del Banco Mundial, que incomprensiblemente financió y sigue financiando varios planes o con el criterio político tradicional de apoyar sin contraprestaciones a los adherentes y rechazar a los adversarios. Sus ventanillas ofrecen soluciones parciales o hasta ilusorias, en las que se hace muy difícil encontrar el camino sólido.

Los compatriotas excluidos de la economía, aunque estén contenidos en un algún espacio político, tienen ya más de una generación de descreimiento en las espaldas respecto de las opciones laborales o emprendedoras que se les ha ofrecido. No les falta razón. En la gran mayoría de los casos donde el asistido cambió de condición pasó de ser desocupado a ser empleado mal pago o emprendedor de subsistencia, con riesgo permanente de volver a la misma condición anterior.

LA MIRADA DE LOS EXCLUIDOS

Un grupo que comparta el diagnóstico anterior y que - en paralelo o con independencia de la puja por el poder institucional - quiera dar pasos sólidos para colaborar con los sectores más necesitados tiene a la mano tres tipos de trabajos, vinculados conceptualmente entre sí:

1- Pensar la producción de bienes y servicios que estén al alcance de grupos de base, con la que se atiendan necesidades básicas, llegando al consumidor sin ninguna intermediación entre productor y

consumidor o con la mínima requerida por una logística de transporte y comercialización. El Instituto para la Producción Popular (IPP) ha planteado, en este sentido, el concepto de “Demanda Socialmente Necesaria” como manera de encarar áreas donde la comunidad necesita la oferta a desarrollar, que en unos casos lisa y llanamente no existe y en otros reemplaza posibles ofertas que surgen del mercado standard de un modo conveniente para quien tiene la necesidad. Se trata de un concepto ampliable, pero parece una buena idea para construir cimientos distintos y sólidos.

2- Establecer vínculos con instituciones del sistema vigente que tengan la mayor probabilidad de discutir sus axiomas básicos, sus visiones y misiones, para facilitar la permeabilidad de las propuestas de inclusión sustentable que vayan consolidándose. Estos ámbitos son los partidos políticos - cualquiera sea su fragilidad conceptual actual -; las universidades y ámbitos de ciencia y tecnología; las áreas de gobierno que tienen asignada centralmente la tarea de incluir. No es de esperar que esta tarea sea fácil ni de realizar ni mucho menos de diseminar. Sin embargo, la necesidad de instalar debates y buscar conclusiones distintas de las históricas es irrenunciable.

3- Instalar ámbitos de difusión ciudadana de los problemas de exclusión económica y posibles caminos para conseguir mejorar la calidad de vida de los compatriotas entrampados en ella. La diseminación masiva del debate debería ayudar de mil formas impensadas e impensables a que las instituciones de gobierno vayan modificando sus políticas en direcciones más útiles.

Todos los compañeros que nos hemos comprometido con el IPP y nuestra búsqueda cotidiana de la forma de ser más útiles para acercarnos a la justicia social, actuando desde fuera del Estado, están invitados a reflexionar sobre su posible aporte, que va desde sumar más socios a Construcción Colectiva, hasta dar más precisión a los perfiles de intervención en cada uno de los planos señalados. Es imprescindible para los humildes. Y para todos nosotros. Seguramente por distintos motivos.

DEFENDER LO LOGRADO

El miedo a perder calidad de vida ha sido usado como herramienta electoral, con variada fortuna para quienes la programaron, durante buena parte del período democrático que comenzó en 1983. Es más, comenzó a ser usado antes. La imagen del cajón exhibido por Herminio Iglesias arrimó seguramente unos cuantos votos a Raúl Alfonsín. Pero consiguió muchos más votos, en 1995, el miedo a los cambios en el crédito fácil. En los comienzos de la campaña de 2015, se plantea, una vez más, el posible uso del miedo como convocante electoral, pero en un contexto nuevo, que vale la pena desagregar.

En efecto: Es la primera vez en 32 años que se acerca una contienda electoral donde la transición se hará con calma institucional y donde quien encarna el liderazgo del proyecto oficial no puede ser candidata. En ese escenario, es lógico que se plantee la necesidad de defender los éxitos logrados desde 2003, incluso defenderlos frente a posibles claudicaciones de algún candidato del propio oficialismo, ya que es éste espacio el que tiene las mejores chances de ganar las elecciones.

El punto es, sin embargo, ¿cuál es la mejor manera de defender lo logrado? ¿Hacemos la lista de aquello no negociable y movilizamos a los beneficiados ante el temor de perderlo? Es posible. Efectivamente, se ha hecho en otras ocasiones, con resultados positivos en las urnas, asociados de manera proporcional a la torpeza de los contrincantes, que en este caso parece importante.

Esa línea, no obstante, marca dos criterios políticos discutibles:

a) Supone que los involucrados deben tener más miedo a perder cosas, que ilusiones de tener algunas nuevas. Es decir: Ya llegaron o, mirado desde la política, ya llegamos. Para mencionar un solo ejemplo que le dé cuerpo a lo que se quiere presentar a debate: otorgar una jubilación mínima de manera masiva a millones de personas, dejadas de lado por las políticas laborales o asistenciales por décadas, es un avance monumental. Ahora bien, ¿no deberíamos plantearnos la forma de crear ámbitos laborales que permitan que esos jubilados - y cualquier otro con una retribución mínima - puedan aspirar a mejorar su condición de vida, y contribuir así a una mejora general? Pagar una jubilación mínima a quien fue explotado toda su vida es un enorme salto de calidad. Queda pendiente el otro salto: conseguir que pueda vivir de sus ingresos. ¿No deberíamos plantear al menos esa esperanza?

b) Supone que el miedo a perder puede mejorar la vocación de delegar en algún dirigente político la administración del futuro. Se parece mucho a manipular voluntades. Manipular no es un verbo compatible con un proyecto nacional y popular, aunque muchas veces no pensemos en ello.

Los directores de fútbol más románticos o temerarios siempre dijeron que no hay mejor defensa que un buen ataque. ¿No es el momento de trasladar este concepto lúdico a una cuestión mucho más crucial para todos nosotros como lo es una propuesta política?

Un buen ataque sería tener planes para que los jubilados que hoy cobran la mínima puedan estar mejor, reduciendo sus costos o mejorando sus ingresos o



Fuente

habilitando para ellos trabajos especiales, con complejos menús.

Un buen ataque sería definir caminos para que los docentes puedan dedicarse a un solo colegio y los alumnos aumentar sus horas de escolaridad. Del mismo modo, los médicos y las enfermeras que quieran, puedan dedicarse a un solo establecimiento asistencial.

Un buen ataque sería dar forma solvente y sólida a una propuesta para la producción popular, definiéndola como aquella que se organiza para satisfacer necesidades y coloca el lucro en un segundo lugar.

Un buen ataque sería eliminar toda connotación asistencialista en el tratamiento de los millones de trabajadores, hoy sin derechos. Y área por área, caso por caso, buscar relaciones de mínima dignidad y de justa retribución, además de asegurarles la posibilidad de una sindicalización hasta hoy negada.

Un buen ataque sería presentar una propuesta para que los temores patrimoniales de la clase media argentina tengan una válvula de escape invirtiendo en grandes proyectos nacionales, en condiciones superiores a las que se les vienen brindando históricamente a los inversores extranjeros.

Un buen ataque sería tener un plan para la construcción de un millón de viviendas populares, a resguardo de toda especulación en tierras.

Dibujar una nueva cancha, en síntesis. Poner a la hinchada a construir el campo de juego, las tribunas y la organización del funcionamiento del estadio. Por ese sendero, defenderemos lo logrado y construiremos una nueva esperanza - que no es utopía - que reemplace a los miedos.

EL DISCURSO DE LA PRESIDENTA Y SUS DOS RELATIVOS

Toda persona con vocación de analizar el discurso de la dirigencia política, muy en especial cuando quien emite el discurso ejerce un liderazgo nacional o continental, debe eludir la tentación de plantear su tarea tomando como referencia marcos absolutos o teóricos que definirían el deber ser de un gobernante. Ese error no se debe cometer, no sólo porque sería imposible justificar el derecho de cualquiera a creer que se dispone de atributos para mirar una sociedad desde algo más arriba que el resto de los ciudadanos. Tampoco se puede cometer porque una correcta interpretación de la historia debería sumar a cualquier marco teórico todos los componentes que hagan a su viabilidad de implementación en términos relativos, para un país y para un momento histórico.

El punto es que para examinar el discurso de Cristina Kirchner del 1.3.15 hay dos relativos: Uno respecto de la oferta política alternativa en la Argentina y otro respecto de las perspectivas del programa de gobierno y el modelo de gestión iniciados en 2003.

En el primer aspecto - la comparación con la oferta alternativa - bastaría que cualquier persona interesada en la política imagine que en lugar de CFK hubieran estado sentados allí Mauricio Macri o Sergio Massa o cualquier nombre presidenciable de estos tiempos. No hay posibilidad siquiera de intentarlo. En términos de elocuencia; de capacidad de vincular metas explícitas con logros cuantitativos; incluso al confrontar en planos ríspidos, como la interpretación de los dos atentados que sufrió nuestro país en 1992 y 1994; no puede sorprender a nadie que la repercusión popular - un parámetro esencial - sea muy importante y nadie, en un espacio de tanta competencia personal, pueda siquiera imaginar estar en su lugar con solvencia comparable.

El momento político, sobre todo a pocos meses de comienzo de una nueva gestión presidencial, exige encarar el análisis relativo desde dentro del propio proyecto, con cuidado, en detalle y con la mayor honestidad intelectual posible.

Mirado así, lo primero que aparece es un muy importante triunfo económico y a la vez ideológico al haber modificado de raíz la importancia de la deuda externa, que por décadas nos condicionó de manera asfixiante. La decisión de cancelar la deuda con el FMI y aprovechar el default heredado para reestructurar la deuda y, a continuación, hacer los esfuerzos necesarios para pagar y sacarnos esa mochila de encima, cambia el marco de un modo que debe ser valorado muy especialmente. Si hay planos donde debe evitarse el retroceso a escenarios anteriores, éste es absolutamente central.

A continuación, el discurso de CFK es casi apabullante por el detalle de lo logrado en materia de derechos civiles y en materia de apoyos económicos a los más humildes, a los que hasta ahora no tenían los recursos más elementales. Pensar en la Asignación Universal por Hijo, en la jubilación a pesar de aportes insuficientes, en la actualización por ley de los ingresos del sector pasivo, en los numerosos programas de capacitación y contención laboral, el aumento del Salario Mínimo Vital y Móvil, y las paritarias; es transitar por un instrumental de un Estado de Bienestar casi impensable en 2001.

Un tercer componente irrefutable y notable es el desarrollo de la infraestructura. Escuelas, rutas importantes, energía de diversas fuentes no renovables, hospitales, comunicaciones, redes de agua potable y cloacas, se han mejorado y ampliado en magnitudes que no pueden ser siquiera comparados con etapas previas.

No sólo la decisión sobre la deuda externa implica una opción ideológica. También la forma de asignar los recursos públicos en el Estado de Bienestar y a la infraestructura. Ese conjunto es explicitable y defendible, entroncándose en los orígenes justicialistas de hace más de medio siglo. No son la verdad revelada, pero constituyen un conjunto claro que apunta a conseguir mayor equidad en el tejido social.

Como complemento imprescindible de esto, sin embargo, debe ser examinada lo que llamaríamos la base material del proyecto, que no es otra cosa que la producción de bienes y servicios con los cuales se generan no sólo las exportaciones o el consumo nacional, sino también los recursos públicos - por impuestos y tasas - con los cuales atender las erogaciones antes mencionadas.

Allí el discurso nos recuerda uno de los principios básicos del proyecto: Estimular el mercado interno como base de la acumulación y el crecimiento.

En tal sentido, cualquier comparación con 2003 da resultados positivos, de crecimiento, de mejora en el consumo global y en la distribución de ingresos. Sin embargo, cuando fraccionamos un período de 12 años - largo para el mundo actual - en lapsos más cortos, queda claro que la tasa de crecimiento de la economía y los parámetros de bienestar popular asociados a ella tienen evolución mucho menos espectacular que al principio.

Necesitamos explicación para eso. La necesitamos porque debemos articular las medidas correctivas para los tiempos que vendrán, por dos razones:

- a) Para ser coherentes con nuestra meta de justicia social.
- b) Para evitar que reflote mínimamente el ideario neoliberal sobre la base de una ausencia de diagnóstico nuestro de los problemas.

No basta con que Brasil tenga problemas y nos arrastre. En todo caso: ¿Por qué Brasil tiene problemas? ¿Por qué nos arrastraría, en qué se funda nuestra Brasil-dependencia?

El encadenamiento de preguntas sobre los problemas y las consiguientes explicaciones deben formar parte de nuestro discurso, porque las explicaciones que nosotros podemos y debemos dar no solo son más correctas que las de conservadores, sino que contienen mejor las necesidades populares.

Las explicaciones de fondo son estructurales y surgen de nuestra dependencia histórica y de la hegemonía multinacional en casi cualquier actividad determinante de la economía, desde los bancos hasta las exportadoras de granos.

Esa hegemonía es soslayable en etapas históricas



donde se emerge del subconsumo como sucedió en los primeros años de nuestro gobierno, pero es crucial considerarla cuando aparecen tensiones salariales, de manejo de divisas, de opciones de inversión, en que las multinacionales deciden de un modo que suele ser distinto al interés general.

La especulación financiera y la dependencia productiva están detrás de los problemas brasileños. El tamaño de su economía arrastra al resto de nuestros países. Pero está claro que no estamos ante cuestiones resolubles por ajustes de la gestión, meramente. Ni los pendientes de pobreza, de inflación, de trabajo en negro, de disponibilidad de divisas, de crecimiento industrial, de sustitución de importaciones industriales, son cuestiones derivadas de la impericia de funcionarios, esencialmente. Tienen que ver con operar una estructura productiva con baja autonomía donde, buena parte del tiempo, los poderes globales pueden más que los nacionales.

En tal sentido, ni el importante discurso de Cristina del 1 de marzo, ni el de Scioli del día siguiente, ni la prédica de Florencio Randazzo, ni obviamente ninguno de los pobres - paupérrimos - discursos de la oposición, mencionaron o mencionan esta cuestión estructural.

Argentinizar y desconcentrar el sistema productivo, los bancos y el sector comercial minorista y exportador de la Argentina es una prioridad de 2016, como lo era en 2003 sacarse las garras del FMI de la garganta y a la vez recuperar el mercado interno. Los caminos serán complejos y de infinitas complicaciones, pero lo que no podemos hacer es olvidar la meta.

Por lo que se consiguió es que cambian las prioridades. La historia es así y es necesario advertirlo. Vamos juntos para adelante.

EL TRABAJO, NOSOTROS Y VICEVERSA



Tanto a nivel político como económico, el capitalismo ha conseguido instalar en cada sociedad que el presente y futuro de todos los ciudadanos depende de las decisiones que tome una pequeña - muy pequeña - fracción de ellos: los empresarios. Se desea y se postula como meta que las personas en condiciones de trabajar, estén ocupadas. De entre ellas, en el mejor de los casos un 5% se puede considerar empresario, en el sentido que toma decisiones de inversión autónomas y que otras personas trabajan en el marco que él define. Sin embargo, la política económica en sus más diversas facetas, se piensa y se ordena formalmente en función de las iniciativas, necesidades o vocación de promover o regular a esa pequeña fracción de los ha-

bitantes, dentro de la cual, adicionalmente, una muy pequeña parte de los empresarios se considera decisiva, dada la concentración sistemática de poder que el capitalismo genera.

Como escenarios límites, en 2001 el Jefe de Gabinete llamaba personalmente a un puñado de no más de 10 corporaciones para que depositaran dinero en los bancos y no se evaporara la liquidez. O ahora, en 2014, se atenuó la restricción externa de divisas negociando el ingreso anticipado de divisas por parte de un pequeño número de exportadores de granos. Esas decisiones son habituales.

No es de extrañar en tal marco que si se quiere precisar la ocupación de una persona la pregunta dominante sea: ¿Para quién trabajás?

La respuesta a esta pregunta seguramente define mejor la condición de vida de un individuo que otra que sería más pertinente: ¿Para qué trabajás?

Si la pregunta fuera ésta última, para peor, las respuestas podrían seguramente agruparse en dos grandes categorías:

a) Para acumular renta. Esto diría esencialmente un empresario.

b) Para atender las necesidades personales y familiares o, menos, para subsistir. Esto diría la enorme mayoría de los trabajadores.

Estaría casi ausente un tipo de respuesta que no es nada frecuente en la subjetividad de los ciudadanos. En lugar de las dos opciones mencionadas, se podría indicar como primer elemento la función social que cumple el trabajo que desempeñamos. Tal vez un sacerdote haga eso, o algún médico o maestra o exponentes aislados de tareas claramente definidas como funciones sociales.

Allí reside la evidencia más rotunda del fracaso del capitalismo como constructor de una sociedad mejor. En tiempos electorales en la Argentina, cuando estamos discutiendo qué sector político quemó más urnas en la elección de Tucumán; cuando aquí cerca el PT se hunde como líder intelectual del Brasil, o cuando un poco más lejos, Venezuela cierra sus fronteras con Colombia como medida casi desesperada para parar el contrabando y la especulación en bienes básicos, puede parecer demasiado abstracto o hasta inocente, incursionar por el sendero que acabamos de marcar.

Sin embargo, es necesario entender que mantenernos dentro del embudo del capitalismo concentrado, donde pocos - muy pocos - deciden lo que importa a todos y finalmente vamos una y otra vez a discutir cuánto y cómo se debería devaluar o cómo seducir a más corporaciones para que procesen nuestros recursos naturales, se parece más a caminar por una calesita que por un camino, sea cual sea la cantidad de piedras que haya que sortear.

Es imprescindible definir el paradigma de una sociedad más justa, así sea para tenerlo en una libreta que registre nuestros intentos de alcanzarlo y que nuestros nietos revisen alguna vez. Ese paradigma tiene que ver centralmente con el sentido y la organización del trabajo popular. De allí es que surgen - o no - los bienes y servicios que procuran nuestro bienestar. De ningún otro lado. Si la organización del trabajo popular depende de un número muy pequeño de empresas, la mayoría de ellas con su centro de decisiones en el exterior y si el sentido del trabajo para la

inmensa mayoría de la gente es parar la olla, estamos embromados, por más que nos engañemos temporariamente discutiendo espejismos, en los que con baja inflación o con venta de dólares en los quioscos construiríamos nuestra felicidad.

En primer término: **el sentido del trabajo.**

La definición que justifica una construcción estructural que supere al capitalismo, transita por caminos diferentes a las frustradas discusiones e intentos de todo un siglo, centradas en la lucha por el control del Estado. Sin intención de abrir debates que nos alejen del tema central, vale la pena anotar que ni la Rusia soviética, ni la Cuba de Fidel, ni el sandinismo, ni ningún intento que se alejó del sufragio universal con libre postulación, lograron construir edificios que no terminaran ocupados por burocracias de diverso grado de incompetencia o corrupción.

Merece, por supuesto, un extenso tratamiento, pero mi conclusión es que concentrar la apropiación del excedente y su administración, así sea en funcionarios públicos, no asegura la justicia social plena y la mejora continua de la calidad de vida.

Los intentos con mejores resultados - esto es una afirmación solamente en términos relativos - son aquellos donde el Estado se constituyó en promotor y regulador de la actividad económica en términos muy activos, corrigiendo las asimetrías socialmente dañinas, pero los actores productivos concretos son privados, estatales o mixtos, según recomienden las circunstancias, aunque nunca definidos sólo por el "Mercado".

Para contar con la validación política que permita asumir los cambios en la conducción estructural de la economía de un país, se debe disponer de consensos sociales más amplios y profundos que en cualquier etapa histórica anterior. Hay que encontrar motivaciones compartibles por los sectores más humildes y a la vez por los sectores medios, incluso por fracciones de los productores rurales, creadores de cultura social en buena parte de la Argentina.

Esas motivaciones no son otra cosa que un sentido compartido para el trabajo: **Atender una necesidad comunitaria, consiguiendo con ello cubrir las necesidades propias con dignidad y sin alienación.** Este es el marco de aquello que llamamos la producción popular.

Este es el marco de aquello que llamamos la producción popular.

Un concepto general como el anotado debe ser llevado al plano concreto por un gobierno, mientras sigue manejando con sus mejores instrumentos la economía tradicional. Esto implica instalar como actores del abastecimiento local y nacional de alimentos a los agricultores familiares; convertir a los hoy cartoneros en líderes ambientales, que recolecten reciclables separados en origen y los procesen en plantas adecuadas; fomentar agresivamente cooperativas de construcción y de autoconstrucción de viviendas; diseminar la generación de energía fotovoltaica en cada techo, con conexión a la red pública; poner en el centro de la cadena de indumentaria a los diseñadores y costureros. El listado puede seguir largamente, con la lógica - se reitera - de apoyar a quien agrega valor, no a quien se apropia de él. Como ejemplo marginal pero enteramente cotidiano de la extensión del concepto, debería hasta cambiarse la reglamentación para taxis, eliminando los fideicomisos que luego contratan peones al tanto, otorgando en cambio muy generosos créditos a los peones para que accedan a su propio vehículo.

En cada una de las situaciones, el cambio de sentido requiere nuevas formas de organización del trabajo. Es necesario que se piensen cadenas de valor completas, donde el esfuerzo en un eslabón productivo no se pierda por una comercialización inadecuada o por la ausencia de financiación. Aquí sólo se anota el tema, para que su omisión no induzca a conclusiones apresuradas sobre la fragilidad conceptual.

La producción popular no es la única manera de cumplir con un nuevo sentido para el trabajo. La producción industrial de alta complejidad o gran escala está hoy en manos de unas pocas corporaciones nacionales y centralmente de corporaciones multinacionales.

La experiencia de YPF demostró, a pesar de sus fuertes limitaciones por no superar la tendencia a asociarse con multinacionales y obtener rentabilidad a través de prácticas de dominio del mercado comparables a las de cualquier monopolio, que una empresa liderada por el Estado puede construir una política, puede definir horizontes estratégicos en un sector. Eso se puede extender a la energía renovable; las comunicaciones; el transporte aéreo, ferroviario o naval y su industria proveedora; el diseño automotriz o electrónica que permita contar con nodos hegemónicos en sus respectivas cadenas de valor. En cada caso hay que armar alianzas entre el sector público y privado, sumar a organismos del sistema de ciencia y técnica y complementar la inversión pública con el aporte confiado y de largo plazo de millones de ahorristas nacionales de cualquier dimensión, que encuentren en las propuestas las alternativas de con-

servación de valor que han buscado en las divisas o en la especulación inmobiliaria.

YPF pudo y puede ser el caso bandera y detrás pueden ir todos los demás, con proyectos transparentes, difundidos, auditados técnica y económicamente por organismos de prestigio mundial, que convenzan a la clase media para sumarse.

Quienes trabajen en empresas de este tipo también habrán cambiado el sentido del trabajo. Lo harán para su comunidad e importará su producto en tal sentido, no para la acumulación de renta.

Estas dos grandes líneas, a su vez, abren espacios de reflexión y de negociación sobre la forma de reorientar la industria nacional actual, sin fantasías de transferencia de manos, sino eligiendo espacios donde su desempeño mejorará su utilidad social. Por caso y a solo título de ejemplo: Si la agricultura familiar asegura la producción para el consumo interno de pollos y cerdos, las actuales empresas de estos sectores pueden ser ayudadas para convertirse en corporaciones exportadoras a todo el mundo, reduciendo y hasta eliminando su participación en el mercado interno. Siempre sentido común, nunca transferencia de poder abusiva.

CONCEPTO RESUMEN

- El paradigma del capitalismo se muerde la cola y conduce a crisis reiteradas, todas iguales a la anterior.
- Cambiar la administración del sistema no es actual sobre la causa central - el lucro como fin superior -. Ni siquiera se ha demostrado válido transferir la propiedad y la administración del excedente a funcionarios en nombre del pueblo.
- Fomentar un sistema de atención de necesidades básicas a cargo de unidades productivas comunitarias implica instalar un ámbito de referencia para contrastar al actual formato y superarlo, en las cadenas de valor pertinentes, que son muchas.
- Propiciar unidades mixtas para las grandes inversiones, con participación masiva de los ciudadanos en su financiación, construye otro espacio transformador, para competir y cotejar con el capitalismo concentrador.
- El resultado esperado: un país productivo al servicio de un futuro común, que no espere el derrame ilusorio.

EL JUSTICIALISMO SIGLO 21 Y LA PRODUCCIÓN POPULAR



Foto: David Alves/Palácio Piratini (19/11/2014)

Una de las pocas coincidencias básicas entre los argentinos de cualquier condición es que el peronismo, hace 70 años, fue una bisagra en nuestra historia. Allí mismo, sin embargo, comienzan las controversias. Empezando por caracterizar al peronismo, tanto para la fracción cada vez menor de compatriotas que transitaron algunas de las etapas con Perón vivo, como para la legión que se identifica como tal, cuarenta años después de la muerte del creador de la corriente política.

Va entonces mi interpretación. En términos objetivos y focalizando en los aspectos estructurales, aquello que Perón llamaba justicialismo buscaba mejorar la justicia social como objetivo central y superior. En un país cerrado sobre sí mismo, como lo estaba buena parte del planeta luego de la Segunda Guerra Mundial, la metodología fue:

- El Estado cubriendo los servicios esenciales de manera directa y el comercio exterior, además de las inversiones asociadas a la infraestructura energética o de transporte. Además de los sectores más innovadores de la época, como la industria aeronáutica o la automotriz.
- Reserva del mercado interno para la producción nacional, con baja presencia de capital extranjero. De tal modo, el Estado y las empresas de capital nacional eran los actores decisivos.
- Distribución del ingreso hacia los trabajadores a tra-

vés de la capacitación técnica y de masivos aumentos salariales en un escenario de pleno empleo.

•Control oficial del sistema financiero, a través de regulaciones y de bancos públicos.

Con esos elementos estratégicos, el justicialismo avanzó con fuerza hacia la meta deseada. Tanto avanzó que transformó parcialmente la estructura productiva y social previa, con la pérdida relativa de poder de varios actores históricos de la economía nacional.

57 años después del comienzo del primer gobierno de Perón, asumió el primer Presidente que definió metas justicialistas luego de muerto el líder histórico. Excluyo a Carlos Menem de esta caracterización porque sus objetivos fueron contradictorios y, en muchos aspectos, antagónicos a los del justicialismo histórico. Aún está pendiente la explicación profunda del modo en que el proyecto de los '90 pudo ser llevado adelante en nombre del peronismo. En 2015, cuando comienza a debatirse la sucesión presidencial del apellido Kirchner, se habla más de kirchnerismo que de peronismo. Un precandidato del FpV para la Presidencia sintetiza una consigna: "Se puede ser kirchnerista sin ser peronista. Pero no se puede ser peronista sin ser kirchnerista".

Eso debiera interpretarse así:

El kirchnerismo, por elemental lógica fruto del paso del tiempo, es una idea política con algunos matices prácticos diferentes al peronismo histórico y además abarca a quienes pueden sumarse a sus principios habiéndose incorporado a la política sin haber vivido o asumido antes el peronismo. Sin embargo, en la medida que se entronca con los principios del peronismo, quien se crea tal, debería también asumirse como kirchnerista.

¿Podríamos llamar al kirchnerismo el justicialismo del siglo 21? Eso querría decir que el objetivo central y superior sería el mismo que el de hace 70 años: mejorar la justicia social. Sea, acordemos esa concordancia.

Esa búsqueda se realiza, sin embargo, en un contexto muy distinto del de 1945. En 2003, el país estaba inserto como Nación periférica de un mundo globalizado. La dependencia de los centros financieros era atroz; la producción agropecuaria se había concentrado muy significativamente, tanto en la producción de semillas e insumos; como en la industria alimenticia de casi cualquier rubro o la exportación de granos. Las empresas dominantes en casi todo el espectro industrial eran filiales de corporaciones multinacionales, con sólo un par de éstas de capital nacional. El Estado no sólo había dejado de participar

en la producción industrial o de financiarla, sino que estaba ausente hasta en la prestación de varios servicios básicos. Algunos rubros de poca relevancia en 1945,

como la actividad minera, se habían expandido, pero enteramente a cargo de compañías extranjeras.

El escenario social que correspondía a esa estructura productiva era de alta desocupación y salarios reales un 30% inferiores a los máximos salarios reales históricos, alcanzados en 1974, hecho en sí mismo insólito.

De manera evidente, la metodología de búsqueda de mayor justicia social no podía ser la de 1945. La que se eligió podemos sintetizarla así:

• El aumento del consumo debe ser el tractor. El aumento del salario real pudo utilizarse al respecto, partiendo de un piso muy bajo causado por la devaluación de 2002. El mayor salario aumentó el consumo, con ello reactivó la producción y la ocupación, en una espiral ascendente.

• En paralelo con el aumento de la ocupación y los salarios reales, se aplicó una proporción creciente de los ingresos públicos a apoyar el consumo de los sectores más humildes, por una densa red de subsidios que se agrupan en el concepto de "inclusión por ingresos".

• Como tercer componente de la estrategia - que es pasivo, pero imprescindible tener en cuenta - se supuso durante todo el período que los actores productivos podían ser los mismos que hegemonizaban el escenario en 2003. Es decir: la inercia concentrada y concentradora podía continuar, aplicando los impuestos recaudados en esas condiciones a mantener el modelo distributivo reseñado. Acorde con tal supuesto se mantuvo la vigencia de una de las leyes de inversiones extranjeras más liberales del planeta y de una ley de minería del mismo espíritu. Incluso se modificó en esa dirección la ley de hidrocarburos; se proyecta igualmente una nueva ley de semillas según el libreto de Monsanto; se continúa una política automotriz donde son las terminales quienes definen los proyectos y sus alcances, a escala de Argentina y Brasil; se consolida en Tierra del Fuego una zona franca que vende solamente a nuestro país, atributo único en el mundo.

¿Fue exitoso el camino elegido? Hasta 2011, claramente sí, con alguna oscilación vinculada a la inestabilidad de una economía mundial en ebullición. Desde entonces, hemos transitado cuatro años sin reducción de la desocupación, ni de la informalidad laboral; con bajo o nulo crecimiento del producto bruto; con la necesidad de restringir el giro al exterior de utilidades de las corporaciones; con saldos de comercio exterior en declinación. Como colofón: con estancamiento o leve caída del salario real, dada la capacidad de los formadores de precios de convertir los aumentos salariales paritarios en inflación. Se describe así un escenario que no se puede explicar sólo por las dificultades de la economía

internacional de manera determinante.

¿QUÉ PASÓ?

abismales. Con todas las restricciones que imponía el bloqueo inglés y norteamericano de divisas en 1945, con las dificultades enormes para el comercio exterior, el gobierno de ese momento tenía mucha más posibilidades de tomar decisiones independientes que quien asumiera con las mismas intenciones sociales en 2003, en un país periférico, muy endeudado, con dominio mundial del capital financiero y productivo concentrado y con toda una densa red normativa que fuerza el flujo libre de bienes y servicios a través de todas las fronteras.

Con esa debilidad, era y es seductor buscar la justicia a través de mejorar la distribución y redistribución de los ingresos generados por la estructura productiva recibida, sin aplicarse a cambiar esa estructura de manera sustancial. Ese camino fue el elegido, pero es insuficiente, por las siguientes razones básicas:

- Las multinacionales distribuyen sus cadenas de valor de modo tal de conseguir dos objetivos: reducción global de costos y control de los mercados internos de los países en que están instaladas. Ese criterio – generalizado –, por un lado excluye la investigación y desarrollo en la periferia y todos los segmentos que requieren salarios altos. Por otro lado, cuando su fin central es el mercado interno, la búsqueda de maximizar los márgenes, aún a expensas del salario real, es una conducta habitual.
- La conducta muy sintéticamente descrita va en dirección opuesta a la equidad social, además de poner un techo objetivo y concreto al salario real. Las empresas tienen aquí productividad menor a la del mundo central, por las actividades que aquí llevan a cabo. Sus salarios los fijan en relación a esa productividad relativa, con lo cual hay un movimiento circular sin mejora social. Es la situación desde 2011.
- Las decisiones de las empresas líderes se toman fuera de la Argentina y un gobierno tiene por lo tanto limitado su campo de acción para cambiar los escenarios.

En el contexto descrito, la posibilidad de actuar sobre la distribución de la riqueza sin intervenir en la forma que esa riqueza se genera, tiene límites bien concretos. Para ser exitosa, esa estrategia dispone de pocos instrumentos: el funcionamiento de las paritarias; la

recaudación de impuestos y su asignación y no mucho más. El comercio exterior; la reinversión de utilidades; los eslabones de las cadenas de valor que se desarrollan en el país versus los que se proveen de elementos importados; todas esas relevantes facetas dependen de corporaciones globalizadas a las que se debe regular o seducir en un juego eterno.

En 1955, el justicialismo del siglo pasado había conseguido buena parte de lo buscado y tenía por delante un camino de variada complejidad, pero cuyo tránsito dependía de su propia capacidad de manera bastante autónoma. Un casi fugaz segundo capítulo se desarrolló con José Ber Gelbard como Ministro de Economía, en 1973/74.

En 2015, el kirchnerismo – pretendido justicialismo del siglo 21 – también ha dado muchos pasos para mejorar la equidad social, bombardeada por el liberalismo durante casi medio siglo. Pero a diferencia de 1955, la inercia de lo hecho en estos doce años parece insuficiente para avanzar y aún para mantener lo conseguido.

La definición del proyecto que represente un justicialismo sustentable del siglo 21 está pendiente y es urgente.

Debemos asumir que nuestra productividad media es hoy de no más del 30% de la de los países centrales. Eso no es distinto de Méjico o Brasil. A todos nuestros países esa relación de productividad nos limita de modo cualitativo la posibilidad de mejorar la equidad vía distribución. Necesitamos aumentar enormemente nuestra productividad media y para eso debemos ser mucho más autónomos del capital multinacional en la etapa de producción de bienes y servicios, que determina todo lo que sigue.

Se nos dice que eso implica más y mejor educación; más y mejor inversión en ciencia y tecnología. Es cierto. Pero los resultados de ese enorme esfuerzo pendiente no pueden limitarse a mejorar la oferta de trabajo a disposición de empleadores multinacionales. De ser así, sólo se conseguirá la apropiación nacional de una modesta fracción esperable de mayor valor agregado. De ser así, se reproducirá en todos los planos la dolorosa realidad del campo argentino – potencial enorme de riqueza para todos los compatriotas – cuyos productores se han convertido en un engranaje controlado por los proveedores multinacionales de semillas e insumos o por las corporaciones exportadoras. Y los dependientes de los productores, ni hablemos. Y los agricultores familiares, menos. Se establece una cadena de derivación de la degradación de la calidad de vida que nos deja

entrampados, sin salida aparente.

Hay una relación casi lineal entre autonomía productiva, posibilidad de aumento de la productividad media (lo cual conlleva aumento de la ocupación) y finalmente mejora de la calidad de vida general.

Los senderos hacia esa autonomía no son fáciles, pero se pueden detallar algunas acciones convergentes:

- Convertir a empresas arquetípicas – como podría ser YPF, aunque hoy aún no lo es – en banderas conceptuales de la asociación entre el Estado, los sectores medios de modo masivo a través del aporte de capital y densas redes de proveedores nacionales. Estas grandes empresas – petroleras, de generación de energía solar o eólica, de insumos básicos, de producción agrícola y agroindustrial – pueden y deben ser el modelo de implementación y gestión de los proyectos de gran dimensión de un país independiente. Eso nos aleja de escenarios como el de una YPF con el 51% estatal, que administra grandes inversiones en asociación con multinacionales. Es más, mucho más integrado al conjunto de la sociedad que eso.

- Dar contención conceptual y económica a los actores que deberían ser protagonistas nacionales de la producción de insumos agropecuarios, la pequeña y mediana agroindustria, la exportación de granos, el diseño nacional de vehículos y de elementos electrónicos y así siguiendo. En cada rama hay conocimiento importante de las estructuras de las cadenas e instrumentos disponibles para ir construyendo ámbitos nuevos, que desplazan progresivamente la hegemonía multinacional y además completan los eslabones faltantes.

- Como tercer componente imprescindible, se debe cuestionar expresamente el mito fundante del capitalismo, que sostiene que el motor excluyente del desarrollo es el afán de lucro, cualidad que se supone un componente genético de los seres humanos. Si toda organización humana para producir un bien o servicio debe hacerse detrás de esa bandera para tener posibilidad de éxito, la secuencia de concentración; discriminación; apropiación de los ingresos de los más débiles; pelea por controlar el Estado para agudizar la concentración o para intentar controlar a los poderosos desde allí, resulta inexorable. Con un resultado de largo plazo que a veces no nos animamos a reconocer: la justicia social se acerca por momentos pero se mantiene a suficiente distancia como para ser inalcanzable, porque todos los elementos nocivos del capitalismo salvaje – que son muchos – se meten en la sangre de los ciudadanos comunes y allí permanecen. El cuestionamiento debe tener elementos teóricos y discursivos, pero esencialmente debe tener componentes prácticos, debe poder demos-

trar que se puede producir bienes y servicios esenciales teniendo como prioridad satisfacer las necesidades de la comunidad y poniendo el lucro y la acumulación de renta en un segundo lejano lugar.

- En el mundo entero, sobre todo en el mundo central, esta pelea se está llevando adelante. En muchos casos, está a cargo de grupos de la comunidad que no formulan grandes teorías al respecto. Simplemente producen la energía a partir del sol; cultivan y distribuyen alimentos; tratan los residuos urbanos y los efluentes líquidos domiciliarios, y tantas otras cosas que apuntan a necesidades comunitarias, por caminos nuevos, donde el capitalista no es el protagonista, sino la comunidad. En nuestro país, todos los excluidos o pésimamente integrados del actual sistema productivo, sean agricultores familiares, recuperadores urbanos, costureros, trabajadoras en servicio doméstico, pueden formar parte de un universo de producción popular distinto. Pero no sólo ellos – esto es muy importante de asumir –, sino que también amplios sectores medios insatisfechos con una vida de sometimiento y tensión generada por el capitalismo global, están produciendo su energía, organizando su distribución de alimentos e indumentaria, construyendo cooperativamente sus viviendas. El ámbito de la Producción Popular debe formar parte de un país con aspiraciones reales de justicia social. El detalle conceptual y los casos concretos de avance necesitan un análisis que supera este documento y que será complementario a éste en un segundo material.

CONCLUSIÓN BREVE

- Si entendemos qué aportó a nuestra sociedad el justicialismo de hace 70 años, podemos acercarnos a definir cuál es el justicialismo que necesitamos en 2015.
- El kirchnerismo lo intenta desde 2003, pero si no modifica la estructura de producción de bienes y servicios el intento quedará muy a medio camino y hasta puede quedar trunco.
- Las nuevas grandes empresas público privadas; la promoción de actores pequeños y medianos para recuperar la densidad y argentinidad de muchas cadenas productivas; la producción popular, son las tres patas de la profundización.

SEGUNDA PARTE:

TIPOS DE PRODUCCIÓN POPULAR

Por razones que se han resumido en la primera parte de este documento y que se podrían ampliar mucho más, una de las premisas que manejamos es que la estructura productiva actual es un freno objetivo para la construcción de una sociedad más justa. Esencialmente, el punto es que no se puede mejorar demasiado más la distribución de los frutos si no se modifica la forma en que esos frutos se generan.

Como esquema, se anotaron tres tipos de vacancias a cubrir:

a) Las grandes empresas público-privadas, que lleven adelante los proyectos que requieran escalas muy significativas, integrando a su propiedad a muchos miles de argentinos.

b) Las redes de pequeñas y medianas empresas nacionales hacia las cuales se desplacen progresivamente producciones que hoy se realizan de manera incompleta, porque están hegemonizadas innecesariamente por filiales de corporaciones multinacionales.

c) La producción popular encuadra todas las actividades - que pueden cubrir un muy amplio espectro - en que la obtención de bienes y servicios que la comunidad necesita es un objetivo que los actores ponen por encima del lucro capitalista, tractor del sistema vigente, instalado hoy en términos culturales y concretos. Un componente especialmente ausente de la subjetividad de los participantes de la producción popular debiera ser la apropiación de renta generada por otro eslabón de la cadena mediante herramientas simples de abuso de poder económico.

Los dos primeros aspectos necesitan un análisis metodológico pero no una justificación acabada. En efecto, cae de maduro que son tareas a concretar si es que se pretende argentinizar, desconcentrar y aumentar la densidad de las cadenas de valor productivas. El tercer campo - la producción popular - requiere más fundamento, por su mezcla de originalidad y heterodoxia que invita de entrada a preguntarse si no es simplemente una iniciativa voluntarista, con algún componente de sofisticación, de la cual se podría prescindir o al menos postergarla sin urgencias.

Sin embargo, la producción popular - sin su teoría asociada - ya existe de forma generalizada en la sociedad.

Hay al menos tres tipos de producción popular. de poder económico.

Los dos primeros aspectos necesitan un análisis metodológico pero no una justificación acabada. En efecto, cae de maduro que son tareas a concretar si es que se pretende argentinizar, desconcentrar y aumentar la densidad de las cadenas de valor productivas. El tercer campo - la producción popular - requiere más fundamento, por su mezcla de originalidad y heterodoxia que invita de entrada a preguntarse si no es simplemente una iniciativa voluntarista, con algún componente de sofisticación, de la cual se podría prescindir o al menos postergarla sin urgencias.

Sin embargo, la producción popular - sin su teoría asociada - ya existe de forma generalizada en la sociedad. Hay al menos tres tipos de producción popular.

Primer tipo: Los excluidos del capitalismo global, buscando su subsistencia dentro del mercado, en condiciones de inferioridad absoluta.

En este enorme universo se integran los agricultores familiares sin recursos y sin demanda ni permanente ni justa; los recuperadores de residuos urbanos, que realizan tareas de clasificación paralelas a las plantas de separación industriales, vendiendo luego los materiales a quienes les agregan valor; los artesanos que producen bienes que compiten con bienes de origen industrial; los productores domésticos de alimentos preparados o de indumentaria. En términos generales: Todo aquél que produce un bien final o componentes del mismo, concurriendo a un mercado normalmente abastecido por empresas capitalistas, con las cuales compite casi sin recursos.

Por supuesto, no se puede afirmar que alguno de los actores económicos que integran este universo vaya detrás del lucro. Van detrás de una subsistencia digna, que la mayoría de las veces no alcanzan por esta vía, debiendo cambiar de actividad o pasando a depender de alguna forma de subsidio oficial.

La economía y los gobiernos en general han planteado la relación con este sector como asistencial, vale decir: ayudan a sus actores a sobrevivir, como una transición hacia formas más integradas al mercado, usualmente como trabajadores en relación de dependencia.

Hay una meta alternativa posible: diseñar e implementar modos nuevos de organización de los productores, para acercar su producto final a los consumidores eliminando intermediarios; para mejorar su tecnología y por ende su productividad; para defender mancomunadamente el valor de su trabajo. Cada situación amerita

análisis distintos, pero es claro que estamos pensando en términos de producción popular; producción desde un ámbito comunitario, para satisfacer necesidades y con ello acercar a una vida digna a los que trabajen.

Segundo tipo: La provisión de elementos de infraestructura comunitaria, con participación de la propia comunidad, sin recurrir a una empresa proveedora única que abastezca a multitud de clientes.

El ciudadano medio es habitualmente ajeno a la producción o distribución de energía, la disponibilidad y calidad de agua potable, un sistema de tratamiento de efluentes domiciliarios, el procesamiento de los residuos sólidos. El sistema incluso lo ha alejado de participar en la construcción de la vivienda propia, tarea muy frecuente hace apenas medio siglo.

En el caso de la vivienda ha quedado demostrado en estos últimos años que no es suficiente con disponer de crédito para la construcción, aunque sea limitando su acceso a los sectores medios. Toda la cadena - comenzando por el acceso a la tierra - debe sustraerse de la lógica capitalista salvaje si es que se quiere recuperar el ejercicio de un derecho tan básico. Eso demanda una acción pública que lleve a recuperar tierra urbana o urbanizable a un valor como máximo de uso agrícola, para ponerla a disposición de quienes la necesiten. A partir de esa base, la producción popular de vivienda por cooperativas de autoconstrucción o de ayuda mutua es un espacio a recuperar, promover y consolidar. En todos los otros ámbitos de infraestructura mencionados, es posible alejarse de la mirada excluyente de un proveedor centralizado y la comunidad como mera usuaria. En muchos países se está dando esa situación, con la ayuda de cambios tecnológicos que apuntalan la vocación - especialmente de los sectores medios de la sociedad - de mejorar el control sobre aspectos económicos que definen la calidad de su vida.

El caso de la energía es el más rotundo. La aparición de la energía de origen solar o eólico en la matriz energética, permite a cada usuario participar en la generación de energía eléctrica o térmica, con celdas solares, molinos eólicos, calefones solares, además de las numerosas variantes hidráulicas o geotérmicas que están en permanente experimentación. El hecho trascendente es que pasa a ser posible la generación distribuida - en cada techo de una vivienda o en cada parcela de tierra -, con su utilización donde se genera. La producción popular de energía es hoy un hecho difundido en toda Europa, con aceptación o promoción diferenciada de los

gobiernos, básicamente por los compromisos del poder político con los intereses de los grandes generadores concentrados. Pero más y más ejemplos dan cuenta de la organización comunitaria para atender la propia necesidad y transferir eventuales excedentes a las redes generales.

Los ejemplos para otros aspectos de la infraestructura son numerosos en el mundo. En Japón, es habitual el tratamiento de efluentes domiciliarios en plantas individuales o que procesan unas pocas viviendas, utilizando los líquidos residuales para riego. La tecnología es conocida y difundida y se la encuentra en Australia, Inglaterra y varios países más.

En el procesamiento de los residuos sólidos urbanos, para agregar un último ejemplo, la distancia entre nuestro sistema de empresas contratistas públicas, con una periferia de cirujeo y cartoneo, con respecto a la enorme gama de organizaciones comunitarias en ciudades del mundo, de toda dimensión, es enorme. La generación de energía a partir de parte de los residuos; la producción doméstica de compost; los sistemas de recuperación y reciclado con participación de todos los ciudadanos, tienen una diversidad y una eficiencia que es directamente proporcional a la capacidad comunitaria de concebir este espacio que estamos llamando producción popular.

En nuestro país las cooperativas de servicios públicos de las numerosas ciudades a las que abastecen de energía y de otros servicios son lo más cercano a este concepto, aun cuando normalmente tienen dos asignaturas pendientes importantes:

- a) Una plena participación de la ciudadanía en las decisiones.
- b) Una mayor autonomía en la generación de energía, por uso de las energías renovables.

Tercer tipo: Los sistemas de producción de bienes de consumo básicos (alimentos e indumentaria) por organizaciones donde el lucro es un concepto secundario.

Derechos humanos elementales, consolidados en textos constitucionales, como la alimentación, la vestimenta o la vivienda, han sido progresivamente bastardeados por un sistema económico global donde el lucro está por encima de los derechos individuales. La producción popular justamente busca poner las cosas en su lugar.

Por supuesto que hay acciones gubernamentales que pueden ayudar a desconcentrar los mercados, favoreciendo la permanencia de las pequeñas empresas.

Pero no es suficiente. Es necesario concebir sistemas que puedan ser permanentes y donde la concentración sea un hecho imposible o al menos altamente improbable.

Las organizaciones de Agricultura Apoyada por la Comunidad, que nacieron en Japón y se han diseminado por todo el mundo central, con más de 3.000 grupos funcionando sólo en Estados Unidos, son un ejemplo de esa transformación. Se trata de la producción - básicamente hortícola, pero extendida a pollos, huevos, pequeña lechería - financiada desde la siembra o eslabón equivalente, por grupos de consumidores que se organizan a tal efecto y reciben a la cosecha productos por el valor aportado, sin intermediario alguno. Las variantes son muy grandes y el sistema se puede considerar consolidado, con teoría, seminarios, congresos y todo el entorno de las corrientes de pensamiento permanentes.

La ruptura de lo que a ratos parece una inexorable condena al trabajo de alta explotación de los costureros es otro ejemplo. La industria de la indumentaria es un sector muy estudiado, cuyo detalle no se puede presentar aquí. Lo concreto es que las barreras de entrada para trabajar allí son muy bajas, admitiendo la capacitación en plazos breves, con el otro aditamento que la diferencia habitual entre los costos de producción y los precios de venta - arrasados en buena medida por la propaganda y la moda - son abismales.

Juntando los dos atributos, se concreta un mercado con enorme dispersión entre costo y precios y con muchos precios distintos para el mismo bien final, en función de los intermediarios que se van agregando hasta llegar al consumidor. Paradojalmente, hay una muy intensa presión a la baja salarial de los trabajadores, que los sumerge en la ignominia, con numerosos intentos fallidos de regular esa situación.

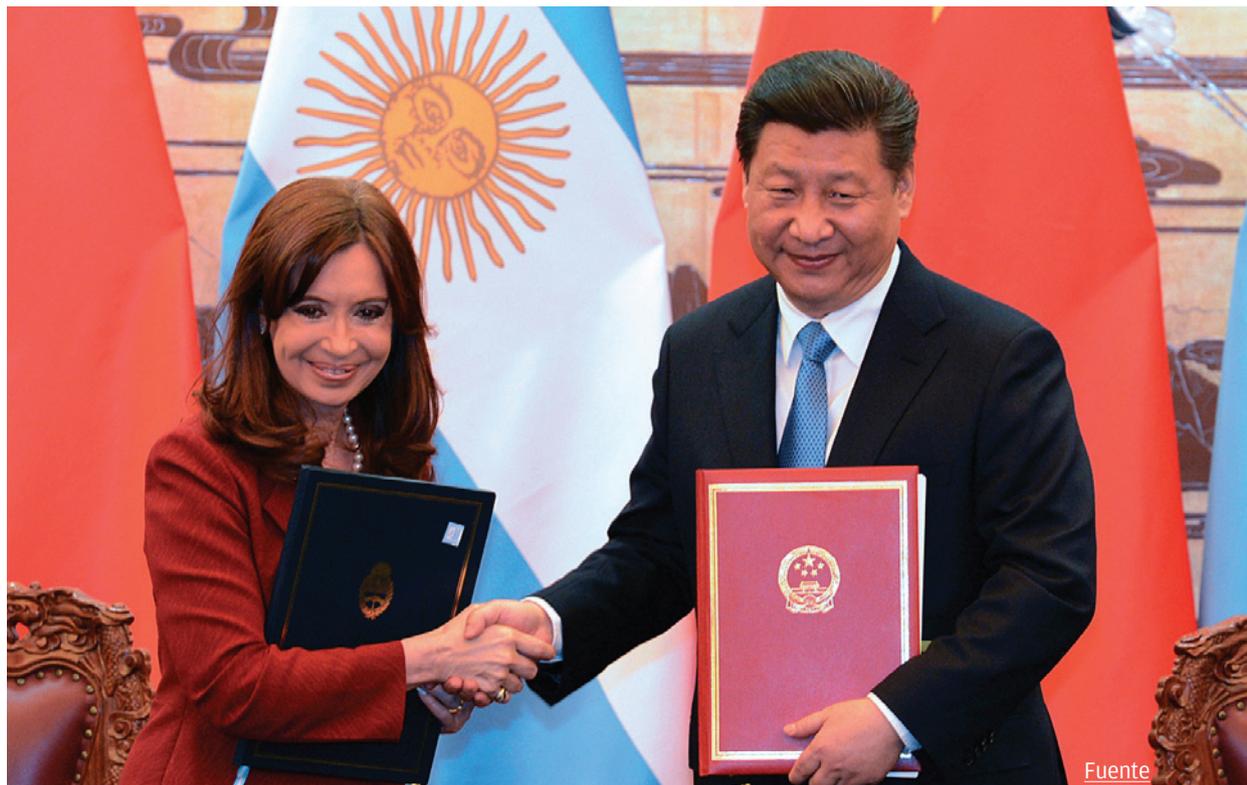
Pensando en términos de producción popular la salida aparece por la construcción de escenarios en los cuales los agregadores de valor - los trabajadores - se organicen en unidades productivas cuyo resultado quede a disposición de los consumidores finales. Los Estados de cualquier nivel de jurisdicción no han intentado esta vía con suficiente convicción, en buena medida porque no han podido romper la restricción conceptual de pensar la manufactura de indumentaria en términos capitalistas tradicionales, en lugar de pensarla - como alternativa - a cargo de trabajadores organizados que aspiran a brindar un servicio comunitario y a acceder por ello a una vida digna.

CONCLUSIÓN

La producción popular, en los términos en que se define en este documento, tiene vigencia en varios ámbitos y en varios países del mundo, sin que se haya construido alrededor de ella una teoría económica precisa. Además de lo ya concretado, hay varios otros espacios de la actividad económica en que podría instalarse con ventajas claras para la comunidad y para los trabajadores involucrados.

En esta presentación, se ha tipificado la **producción popular** en tres categorías, que abarcan una muy importante gama de tareas y que permiten entender las tres grandes razones por las que surge o porque debe promoverse esta manera de organización productiva. No se intenta, de ninguna manera, reemplazar toda forma de organización por ésta. Es más: se señala que se debe prestar atención a otras dos formas - grandes empresas público-privadas y redes de pequeñas empresas - que son aplicables a situaciones específicas, pero en conjunto las tres modalidades son las que deben profundizarse para superar el desafío de liberarnos de la inercia concentradora hegemónica por las filiales de las corporaciones multinacionales.

Es imposible ser demasiado reiterativo con esto: Si las multinacionales hegemonizan nuestra evolución económica, aparecen límites claros a la equidad, a la inclusión, a la integración productiva territorial, a nuestra calidad de vida presente y futura, en suma.



LA GRAN CHINA

Para quienes simplifican la vida a cada paso buscando imágenes del pasado que expliquen el presente, conviene empezar aclarando que el caso de China no tiene antecedente alguno en la historia del capitalismo moderno.

En efecto, es la primera nación que instala una hegemonía visible y creciente, sin guerras de conquista o dominación de por medio y sin un poderío militar que represente una amenaza para quienes se han colocado en la escena basados en él. La hegemonía china se fundamenta hoy en su capacidad de producción de

todo tipo de bienes industriales y - como contracara - en su demanda dominante de alimentos, minerales, combustibles, a escala global.

Es una presencia económica inexcusable en el mundo, con una autonomía tecnológica, productiva y financiera que no tiene antecedentes y que le permite tejer pacíficos acuerdos por todo el planeta para contar con las materias primas que no dispone a pesar de su inmenso territorio.

En ese horizonte estratégico se inscribe, desde la participación china en grandes corporaciones norteamericanas,

americanas o europeas hasta la colonización de nuevo cuño de inmensas superficies de África, que pasan a producir granos o biodiesel para la nueva potencia. Estados Unidos, con una lógica militar clásica, apoyó la expansión productiva china durante décadas para que sus corporaciones aprovecharan su trabajo barato, mientras tomaba por asalto países petroleros, bloqueaba toda autonomía latinoamericana y pensaba en África como nueva fuente de mano de obra casi esclava para sus redes industriales. No funcionó como los manuales imperiales marcaban.

China es hoy, por tanto, otro modelo hegemónico, diferente de todo lo conocido y si se quiere, más amigable. En África, Asia, Latinoamérica y me animo a pronosticar, hasta en países como Grecia, pasa la gran ambulancia china levantando heridos y ayudándoles a construir una vida mejor de la que el FMI y sus mandantes le reservaron, aunque encuadrada en las necesidades globales del gigante.

La relación de Argentina con ese país hay que pensarla en el marco expuesto. Nuestra asociación estratégica es una de las decenas que debe haber firmado nuestro socio y seguirá firmando en los próximos años con otros tantos países.

¿Qué quiere de nosotros? Alimentos a medio procesar; posibles acuerdos para producir aquí granos y carnes en extensiones administradas por ellos; petróleo, si es que Vaca Muerta se despierta.

¿Qué queremos nosotros de China? Esta es la pregunta en que no nos deberíamos equivocar.

Si los vemos como mercado comprador y creemos que la estrategia es aumentar las ventas de lo que hoy exportamos, probablemente consigamos vender más cereales, más frutas o más carnes y con eso, conseguiremos más divisas y a la vez - paradójicamente - ayudaremos a que las corporaciones norteamericanas, europeas o brasileñas que hoy controlan nuestras exportaciones de esos bienes hagan mejores negocios. Será una meta posible, pero estructuralmente pobre. Si los vemos como financistas y ejecutores de grandes obras de infraestructura, como lo que ya se ha iniciado en las presas de Santa Cruz o la renovación ferroviaria, haremos un uso positivo de la posibilidad de apalancar nuestro crecimiento sin afectar nuestra balanza de pagos internacionales. A esas obras se podrán sumar la anunciada expansión en energía nuclear; nuevas trazas ferroviarias, de dimensión supra nacional; la mítica canalización del Bermejo o un puñado más que nuestra endeblez financiera ha postergado por décadas.

Aquí aparece una demanda de prudencia y de mirada

alta para todo gobierno que administre este segmento, para evitar desproteger a nuestra industria nacional e incluso para promover su fortalecimiento ante estas nuevas posibilidades. Históricamente, el financiamiento externo fue en contra de la industria local. Tenemos la necesidad de romper esa contradicción.

¿Y si los vemos directamente como posibles promotores de algunas ramas industriales? Esta parte del discurso la deberíamos poner solo nosotros, porque en el libreto chino no tiene por qué aparecer espontáneamente. ¿Es posible que parte de los acuerdos con China hagan crecer nuestra industria?

Veamos algunos ejemplos. China es el mayor fabricante mundial de paneles para generación de energía fotovoltaica, con capacidad ociosa de cierta importancia. Argentina podría promover una mega empresa mixta en el país que use esa oferta para expandir bruscamente y en términos muy relevantes la oferta solar en la matriz energética. Habría trabajo en decenas o centenares de empresas en red y me animo a decir que sería el camino más rápido para eliminar el saldo negativo comercial en nuestro balance energético.

China puede tener interés en armar una mesa de pensamiento estratégico para la industria electrónica de entretenimiento, que nos libere de la grosera dependencia del ensamblado fueguino, reemplazando eso por una industria de verdad en el mismo lugar.

Lo mismo puede extenderse a la industria automotriz. Podemos buscar colaboración china para el diseño de vehículos, empezando por utilitarios, camiones y tractores y avanzando luego hacia los vehículos de pasajeros. Es un espacio seductor que llevaría a las industrias instaladas en la región a pensar el futuro de otra manera.

Como cuarto y de ninguna manera último ejemplo: Podemos trabajar con China la producción de equipos para la industria alimenticia a escala pequeña y mediana, que genere productos de utilidad en toda Latinoamérica.

El acuerdo con China es de rutina para ellos y realmente estratégico para nosotros. Vincularse con una potencia hegemónica por peso tecnológico y productivo es un aprendizaje invaluable. No lo encaremos como mercaderes sino como una oportunidad de cambiar el horizonte productivo de nuestra región.

EL MINCYT DEL SEGUNDO TOMO



La presencia institucional de un ámbito de gobierno dedicado a promover y organizar el conocimiento, en todos sus planos, tiene una evolución asociada al nivel de desarrollo de un país.

Un país muy pobre, que probablemente será dependiente de las decisiones de alguna de las potencias hegemónicas en este mundo globalizado, no tiene tiempo más que para buscar la supervivencia más elemental. No tiene ministerio o secretaría de Ciencia y Técnica.

Cuando comienza una etapa de desarrollo y las universidades adquieren presencia y algún vuelo, uno de los subproductos principales es la creación de ámbitos de contención y estímulo a las elites intelectuales, para que puedan dar permanencia a su curiosidad científica y a su búsqueda en las diversas fronteras del conocimiento. Esta etapa se inició con fuerza en la Argentina hace algo menos de 60 años, cuando se crearon Conicet, INTA e INTI, si bien la Comisión Nacional de Energía

Atómica es anterior, pero con una misión más pragmática. Sabemos que la relación entre los científicos y las instituciones no ha sido lineal desde entonces. La última década, de muy relevante fortalecimiento de los recursos puestos a disposición, sirve como desagravio del penoso trato de la última década del siglo anterior, donde además de los discursos peyorativos, hasta se buscó privatizar ámbitos enteros, con ningún éxito, por suerte. En definitiva, el próximo gobierno se hará cargo de un Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva que muestra los índices históricos más altos de apoyo al área, expresados en incorporación de becarios; construcción y equipamiento de edificios; iniciativas de apoyo en toda la geografía nacional; presencia cuantitativa del tema en el presupuesto nacional.

Si realizamos un análisis comparado con lo sucedido en el mundo central, parece haber llegado la hora de completar la evolución, mediante la instalación de la ciencia

y la tecnología como componentes necesarios de una sociedad de avanzada, donde espacios productivos y sociales de la más variada ocupación recurren al sistema de CyT para mejorar desde su capacidad de desatar nudos sociales hasta su productividad.

Sin embargo, eso no ha de suceder por un proceso similar al que se dio en Estados Unidos o Europa. Seguramente, es condición necesaria seguir senderos análogos a los de Corea o China.

En el primer caso, las corporaciones construyeron los vínculos con el sistema, sea en forma directa con sus demandas para encontrar mejoras de competitividad; sea induciendo medidas gubernamentales que favorecieran el trabajo mancomunado con los ámbitos productivos, de infraestructura, de calidad de vida.

En el segundo caso, el gobierno asumió que esa iniciativa debía reposar en manos públicas. Debido a la dependencia del sistema productivo de un conjunto de corporaciones multinacionales y la correlativa fragilidad del sistema productivo nacional, no se puede esperar de las filiales de las corporaciones multinacionales que sirvan de tracción al crecimiento local de un sistema de CyT.

No es posible encontrar en esos países similar actitud respecto de las ciencias sociales, que han tenido allí muy poco desarrollo, por la rígida estructura vertical de conducción de esas sociedades. En estas disciplinas, el desafío para vincular la ciencia con los problemas estructurales de base se hace particularmente duro, al no ser la formación en el exterior necesariamente el mejor refuerzo, como lo muestran los egresados externos en economía, sociología o similares, que en no pocas ocasiones han sido artífices intelectuales de retrocesos políticos en el país.

EL ESCENARIO FUTURO

Culmina una etapa de más de medio siglo del sistema de CyT, por suerte en un momento de fuerte apoyo a quien quiera bucear en casi cualquier disciplina. Por lo dicho, es el momento de construir ámbitos de vinculación entre el sistema y la comunidad, en cualquiera de sus facetas, para conseguir que los ciudadanos incorporen a los trabajadores del conocimiento como entidades valiosas para su vida, tanto individual como de conjunto. Simplificando: podríamos decir que es tiempo que la CyT deje de ser el lujo que nos enorgullece, aunque no tengamos claro para qué nos sirve. Este último componente debe hacerse más y más evidente, hasta ser expresamente demandado.

Esto será el resultado de mucho esfuerzo. Para partir de un extremo imprescindible, debemos intentar nuevas definiciones conceptuales de la misión del sistema, de las que a su vez se deduzcan recomendaciones para la formación de investigadores; para su agrupamiento y articulación con ámbitos productivos y sociales; para la revisión de políticas de corto y largo plazo.

En toda sociedad, hay dos grandes desafíos:

a) Cómo repartir equitativamente los frutos y las oportunidades de bienestar, en el contexto presente.

b) Cómo utilizar mejor los recursos de todo tipo, para mejorar la disponibilidad de bienes y servicios a futuro, en un escenario de mejora continua, con equidad y sustentabilidad también crecientes en las formas de generación.

De esos dos macro temas se desprenden todas las cuestiones que preocupan o pueden preocupar a cualquier individuo y por ende de las que debería ocuparse cualquier pensador aplicado.

En tal caso, será altamente deseable que la organización de un sistema de CyT vaya mutando desde las categorías por capacidad específica de los investigadores, hacia los agrupamientos por grandes temas a conocer, sus dilemas y sus senderos de búsqueda.

Se trata de tomar distancia de los instrumentos como eje ordenador, para marchar hacia los fines, sin temor a que de ese modo cada miembro pierda profundidad, pero poniendo como prioridad la articulación virtuosa entre distintas disciplinas.

Es evidente que tal cambio de enfoque requiere cambios de distinta naturaleza.

. Debe contarse con un consejo de Ciencia y Tecnología realmente inter institucional y que definitivamente se convierta en el órgano de definición de políticas de largo plazo.

. Debe mejorarse la mirada horizontal y la capacidad de ejercer el pensamiento lateral de los investigadores, para que la articulación interdisciplinaria sea fluida y pueda partir de los propios miembros del sistema.

. Deben progresivamente asociarse los éxitos en la carrera de investigador al ejercicio de una capacidad de trabajo colectivo, con vinculaciones al interior y al exterior del sistema.

. Debe contarse con programas globales que expresen los dos planos de dilemas comunitarios arriba anotados. Si, por caso, un futuro Ministerio pudiera tener activo un programa “Reducción de la pobreza”, con todas las connotaciones de investigaciones sociales y técnicas que se pudieran considerar total o parcialmente integradas a él, contaríamos con una fuerte señal de un salto cualitativo positivo.



EL MINISTERIO DE ECONOMÍA POPULAR: UNA IDEA TRANSGRESORA

El anuncio de Daniel Scioli de su intención de crear en el futuro un Ministerio de Economía Popular, inicia una etapa de reflexión, debate e implementación de una idea muy fuerte que, de ser exitosa, cambiará de manera sustancial y permanente la forma en que pensamos la oferta y demanda de bienes y servicios en la sociedad. La primera mirada de políticos, economistas o analistas en general puede equivocar el foco, ima-

ginando que lo que se intenta es contener a los pobres o excluidos con algún componente productivo mayor que lo que hasta aquí ha intentado y logrado el Estado de Bienestar creado en esta última década. Si así fuera, sería positivo, pero no se alejaría mucho de un ajuste fino de una red de subsidios y apoyos colaterales a millones de argentinos, a los que el capitalismo concentrado dejó fuera de la producción y el gobierno kirchnerista logró en

parte incluir por ingresos.

El desafío del nuevo espacio ejecutivo que se comienza a esbozar, que deberá ser tema de discusión y acción de buena parte de quienes aspiran a aportar a la mejora de la justicia social en los próximos años, sin embargo, es superior a la contención y la protección de los desamparados por un sistema organizado alrededor del lucro. De lo que se trata es de construir ámbitos donde progresivamente millones de compatriotas alcancen una vida digna produciendo bienes y servicios que la comunidad necesita y usa, trabajando en unidades productivas individuales o colectivas, pero donde se dé prioridad al servicio comunitario, no al lucro. La palabra competitividad debiera ser reemplazada por productividad; la cooperación estaría dentro de los valores positivos; la derivación de problemas ambientales o cualquier otro a terceros debiera ser moral y legalmente penadas. Así siguiendo.

En tal contexto, los hoy cartoneros podrán pasar a ser líderes ambientales de sistemas de procesamiento de residuos donde los generadores del residuo - particulares, comercios o empresas - son parte activa del proceso de recuperación y posterior reciclado. Los 300.000 agricultores familiares podrán ser la columna vertebral del abastecimiento alimenticio de toda la población argentina, reservando a buena parte de la actual dinámica empresaria la responsabilidad de especializarse en la exportación. Los productores de indumentaria podrán sacarse de encima todas las capas intermediarias que se apropian de su valor agregado y llegar en forma directa a los consumidores. Hasta la forma de producir nuestra energía podrá cambiar, integrando los techos de nuestras casas a sistemas de generación fotovoltaica administrados por las actuales cooperativas de servicios públicos del país. Además, los barrios populares podrán reemplazar a las villas, sobre terrenos urbanizados fuera de la especulación perversa, con capacitación cooperativa para la autoconstrucción o construcción solidaria. Y más. Mucho más.

La economía popular es eso. Es darle a la sociedad - especialmente a los sectores más humildes, que han aguantado el peso de la discriminación del capitalismo concentrado - la posibilidad y los instrumentos para que quien aspire a una vida digna con su trabajo lo logre. El sistema vigente seguirá su camino de crisis y de tensión. Los economistas clásicos seguirán ocupándose de buscar evitar el

daño a los más humildes o de beneficiar a los poderosos, según su ideología.

En paralelo, la economía popular podrá construir nuevos escenarios en que ser felices, sin tener a Miami y sus centros de compra como meta personal.

EN CONCRETO: ¿QUÉ COSA ES LA ECONOMÍA POPULAR?



Fuente

En la Argentina, como en todo otro país, se enseña básicamente una economía: la que centra el análisis en el mercado, donde concurren ofertas en busca de demandas con las que ligarse. Todas las ramas y/o especializaciones imaginables surgen de examinar cómo es esa interacción, entre individuos o entre países; cuáles son los factores que determinan la oferta o la demanda; el papel de la moneda como bien de cambio o como fuente de acumulación patrimonial; así siguiendo con todos los elementos instrumentales que se derivan de aquél espacio primigenio.

En lugar alguno se utiliza el concepto de Economía Popular, que por lo tanto nadie define ¿De qué se trata entonces? ¿No será una moda de lenguaje, que intenta meter dentro de una actividad con su pensamiento ya estructurado un tema que otra disciplina trataría mejor? ¿No es un planteo pseudo asistencialista, populista, distorsionador, chanta, en suma?

Puede ser. Quien defienda la existencia independiente de este capítulo debe empezar por ser preciso con el término y justificar que le brindemos atención. Empecemos entonces por allí.

Los intentos históricamente más importantes para agregar un calificativo que cambie el término “economía de mercado” han señalado algún aspecto vinculado con la forma de distribución de los exceden-

tes. La economía social, por caso, intenta abarcar a las formas de producción cooperativas o similares, en que el excedente se distribuye entre los miembros de la unidad productiva con relativa uniformidad, en lugar de ser apropiado por un empresario. En la misma dirección, con diferencias por supuesto más radicales, se han concretado las economías colectivistas, donde el empresario fue reemplazado por formas definidas y administradas desde el Estado. También aquí, en esencia, la manera de generar los bienes y servicios se mantuvo, reemplazando la apropiación individual del excedente por otra colectiva, que superó los límites de cada unidad productiva y se aplicó a fines definidos desde una organización comunitaria central.

Ante el doble fracaso de la economía colectivista por un lado y de la economía de Mercado por otro para conseguir que dentro de su marco lógico se consiga un horizonte general de calidad de vida superior, en términos que seguramente necesitan de un detalle que abarcaría varios documentos como el presente, aparecen preguntas a borbotones, que mínimamente ordenadas, pueden llevar a la secuencia siguiente:

- Si el sistema hegemónico en el capitalismo globalizado concentra los ingresos y los patrimonios de un modo sistemático, también concentra el poder de decisión en un puñado de manos.
- Los gobiernos con vocación de atender las necesidades de toda la población con mínima equidad terminan negociando con ese poder de decisión concentrado, en casi cualquier plano.
- ¿Qué se negocia? Simple y llanamente, que quienes tienen más poder reduzcan o compartan sus beneficios.

Buena parte de los actores económicos con capacidad de decisión en las cadenas de valor, sin embargo, no agregan valor a los bienes; son tomadores de renta, por ocupar una posición que se lo permite, sea ésta de carácter financiero o comercial. Este concepto - tomador de renta - se puede aplicar en varios planos de la economía. Es tomador de renta el intermediario que se aprovecha de la falta de capacidad financiera y de organización comercial del pequeño productor de cebolla o zanahoria en Santiago del Estero, reduciendo el ingreso de éste a valores menores a la subsistencia digna. Es también tomadora de renta, en otra dimensión, la corporación internacional que establece localmente su marca de indumentaria o de un electrodoméstico y luego organiza su cadena productiva de manera enteramente arbitraria, con la sola consigna de minimizar costos y sin ningún esfuerzo por concretar valor agregado local.

Esta opacidad de casi todo ámbito de la producción de bienes y servicios en nuestro país genera, como es sabido y notorio, una enorme ineficiencia global que además de concentrar la riqueza tiene su contracara también sistémica: la exclusión. Una primera acepción del término “economía popular” apunta entonces a focalizar el análisis y las propuestas en los excluidos.



Foto: Carlos Alberto/ Imprensa MG

LA ECONOMÍA POPULAR COMO CAMINO DE INCLUSIÓN

Un Estado de Bienestar como el configurado con enorme esfuerzo y valiosos resultados desde 2003, ha apuntado a lograr la llamada “inclusión por ingresos”. Tal es el resultado de un denso menú de subsidios, que se aplica a un conjunto de compatriotas con necesidades extremas, abarcando toda la fracción de población que por su trabajo obtiene ingresos menores al salario mínimo vital y móvil. En términos simplificados, hay quienes consideran que la economía popular es la ge-

neración y aplicación de instrumentos que permitan el tránsito de esa fracción de la población hacia la inclusión, pero por el trabajo personal o colectivo.

Eso implica visibilizar y consolidar derechos laborales y sociales; ayudar a la organización cooperativa; eventualmente fortalecer la posición negociadora de los más débiles al interior de una cadena de valor, de comercio. También implica encontrar instancias en las que el vínculo entre quienes producen bienes – sean agricultores familiares, costureros o artesanos – y sus potenciales consumidores se vea facilitado.

Un escenario con reconocimiento más categórico que el actual de los derechos de los trabajadores sin empleador; con cobertura previsional y médica para todo ese universo; con ferias de productores; con lugares para venta de indumentaria directa de productores; brindaría a todos esos compatriotas una expectativa de vida más optimista que la actual, llena de incertidumbre.

Es probable que esta sucinta descripción concuerde con el imaginario de la mayoría de quienes se aproximan al tema. Se trata, por lo dicho, de un camino de mejora general, con un límite que, sin embargo, acota sus efectos, debido a dos grandes razones:

1. Es un cambio cuantitativo y no cualitativo. Esto es: cada uno de los actores puede ver mejorada su fortaleza al interior del escenario productivo o comercial que buscar integrar, sin que cambie el escenario mismo. Los miembros de un taller de costura, por usar un ejemplo repetible, podrán ser asistidos para convertirse en unidades que cumplan con las leyes laborales, ambientales y de protección de la infancia. No obstante eso, se insertarán en el mercado dominado por la propaganda y la presencia de numerosos intermediarios que llevan hasta las grandes marcas. La competencia en términos desfavorables se mantendrá y será notoria, a pesar que el sector constituye el núcleo clave; son quienes producen en concreto la indumentaria.

2. Todos los sectores sociales que hoy no son considerados excluidos o pobres quedan fuera de un marco de análisis como el reseñado. En la medida que se admite como inmodificables las condiciones que define el capitalismo globalizado, el lucro sigue siendo el motor del desarrollo y aquellos sectores que en tal esquema han alcanzado un mínimo nivel de subsistencia no quedarían encuadrados en la economía popular. No solo se trata de una versión restringida y políticamente inconveniente de la categoría “pueblo” sino que de este modo se aísla a la fracción de la población cuya condición se pretende mejorar, abriendo un flanco grueso a quienes superficialmente rechazan el concepto asociándolo a la “economía para pobres”.

LA ECONOMÍA POPULAR COMO CAMINO DE INCLUSIÓN

Una segunda acepción del término, a la cual adhiero, parte desde más abajo que de la dicotomía incluido – excluido. Parte de la imposibilidad del capitalismo de asegurar una calidad de vida aceptable para todos, aún en sus versiones más reguladas por el Estado o en que los sectores populares acceden a espacios relevantes del control del Estado. La exclusión, entonces, es una condición natural del capitalismo, no se origina esencialmente en deficiencias de gestión pública o en incapacidades relativas de la población y no se supera sólo con herramientas instrumentales que operen sobre un sistema cuyo marco no se modifica.

En ese contexto, cabe a la Economía Popular la responsabilidad de concebir, fortalecer y aplicar nuevos paradigmas, que nos alejen de una sociedad movida por el lucro, yendo hacia otra donde la organización de la producción de bienes y servicios tenga como matriz la atención de las necesidades comunitarias. Esto implica operar sobre tensiones importantes en el plano del capital, pero planteándose escenarios de cambio a lo largo de la estructura productiva que emergerá en los próximos 20/25 años, o sea: aquella que se sumará a la ya existente.

Para no caer en voluntarismos o planteos poco claros, es necesario recurrir a ejemplos de situaciones arquetípicas, que luego se puedan articular en un conjunto de ideas fuerza.

1- Los residuos urbanos

Se trata de la expresión límite de la lógica capitalista primaria por la cual cada uno toma aquello que lo beneficia de su actividad y socializa los subproductos negativos. Otorgando el derecho a actuar así, los gobiernos toman la recolección de residuos como responsabilidad pública y cobran una tasa por ello. La solución más grosera – quemar los residuos a cielo abierto – quedó proscrita hace un par de generaciones. El segundo camino más fácil – enterrar – muestra sus fuertes limitaciones cuando las comunidades que

reciben residuos de otras se organizan para resistir. Se pasa entonces a un enfoque más agudo, que reconoce que todo componente del residuo tiene un valor ulterior, sujeto a separaciones, recuperaciones o transformaciones de reciclado.

Como la generación de residuos es de máxima dispersión, aparece una competencia en el procesamiento previo a enterrar lo irrecuperable, entre sistemas corporativos a cargo de empresas medianas o grandes y el trabajo de una amplia red de recuperadores urbanos. Éstos trabajan sin tecnología, recuperan lo que pueden y sirven de primer eslabón de las cadenas de reciclado, transfiriendo buena parte de su renta a los intermediarios que les compran el material.

El encuadre capitalista clásico de este tema facilita el camino a las soluciones corporativas, acotando hasta extinguir a los recuperadores urbanos, de manera inversamente proporcional a su capacidad de organizarse y resistir.

Esto no sólo concentra y excluye, sino que además es una solución ambiental pobre. Los mejores porcentajes de reciclado de material, alcanzados en países como Suiza, no superan el 50% de papel o cartón, que es lo más simple.

La economía popular debería sostener que los residuos son un problema de todos y habilitar sistemas en que los actuales recuperadores se conviertan en líderes ambientales de barrios definidos, responsables de sensibilizar y capacitar a los generadores primarios, para maximizar la separación en origen. Los líderes ambientales serían receptores de lo reciclable y de su procesamiento ulterior, llegando a las etapas en que su capacidad organizativa les permita o vendiendo semiprocesados a la industria ya existente. Las actuales empresas recolectoras trabajarán entonces sobre volúmenes mucho menores, sin superponerse con el otro circuito.

De tal modo, queda definida una inequívoca función social de los recuperadores urbanos, que no es periférica sino central en el ámbito y que les da derecho a una vida digna.

¿Cuál es la diferencia? Pues que en lugar de ver los residuos como un negocio corporativo, se genera una organización en base a la necesidad comunitaria, que a su vez aumenta - podría ser de manera muy importante - el valor recuperado.

2- La agricultura familiar

Hay más de 300.000 agricultores que trabajan sobre predios de dimensión familiar. Hay diversidad de si-

tuaciones, comenzando por los derechos formales de propiedad y luego por la inserción en cada cadena productiva. Sin embargo, inexorablemente, esos productores son tomadores de precios, en la medida que su capacidad económica y/o financiera es menor que aquellos con quienes se vincula.

El camino estándar de apoyo al sector pasa por aportar capacitación técnica, subsidiar parte de la infraestructura productiva y reforzar la tendencia histórica a armar ferias de productores para la venta local, especialmente de productos perecederos.

Se reitera el concepto anterior. Se trata de ejercitar la valiosa iniciativa de reducir la debilidad del eslabón, aunque la estructura de la cadena no se modifica.

La alternativa transformadora pasa nuevamente por poner en un segundo plano al lucro y pensar a la agricultura familiar como el principal sistema de abastecimiento de los alimentos que consumen los argentinos.

Esa mirada lleva asociada en este caso un conjunto de iniciativas mucho más denso que el caso anterior. Sin embargo, ellas fluyen con relativa facilidad cuando se define quiénes son los actores que conforman la oferta de un determinado producto, cómo se articulan, cuáles son sus requerimientos de logística y, a partir de allí, se reordena de modo concreto toda la normativa de promoción y de regulación aplicable, para evitar que la madeja construida corporativamente durante décadas por las grandes empresas, bloquee el camino.

Como un ejemplo del sendero, en buena parte del mundo desarrollado, como avanzada conceptual de esta idea, han proliferado asociaciones entre productores familiares y consumidores, en las cuales éstos últimos financian los cultivos desde la siembra.

En paralelo, un conjunto de acciones de gobierno debiera ayudar a que las grandes corporaciones que dominan el mercado avícola o lácteo o similares concentren su atención en la exportación, segmentando de tal modo los respectivos mercados desde la oferta, una dirigida a lo local y regional y la otra al mundo.

Tomando como una referencia conceptual que nuestro país puede producir alimentos para 400 millones de personas, debemos repensar la inserción de la agricultura familiar para que produzca el 10% de esa cantidad, pero para todos nosotros. Se trata de una recategorización completa, que necesita cambios conceptuales en el Estado, en los productores y en los propios consumidores, con beneficios tan notorios que ni siquiera amerita detallarlos.

3 – La clase media y la vivienda: componente clave

Tratándose de un cambio estructural que es precedido o al menos acompañado por cambios culturales profundos, poco de lo referido en los ejemplos anteriores o en los similares que se puedan plantear para los obreros de la indumentaria, los artesanos y tantas otras actividades subvaloradas, se podría concretar si no se cuenta con la participación del Estado por supuesto, pero también – muy importante – de amplios sectores de clase media que comprendan y apuntalen los caminos elegidos.

Esto último no surge ni surgirá de exhortaciones ideológicas o éticas. Sólo tendrá viabilidad si se muestra en términos concretos que el desafío de la economía popular como elemento de transformación incluye a amplias franjas de la clase media y para su propio beneficio. Eso puede basarse en el talón de Aquiles de los planes patrimoniales de la mayoría de los argentinos: la vivienda. Y puede extenderse a la generación fotovoltaica distribuida; a los consejos de escuela o de hospital, todos ellos espacios donde poner primero la necesidad y recién debajo el lucro cambia sustancialmente el enfoque, con claro beneficio comunitario.

El tema de la vivienda es crucial – absolutamente central – para poder aspirar a instalar culturalmente los valores de una economía basada en la atención de las necesidades. Al presente, la especulación en tierra urbana lleva al borde del fracaso cualquier intento de facilitar el acceso a la vivienda a través del crédito, aún el muy generoso. El resultado de esos planes termina siendo convalidar la súper ganancia de aquellos que atesoran un recurso limitado y sólo se desprenden de él con tasas de ganancia superiores a cualquier alternativa y a lo imaginable.

Un plan público de compra de tierra agrícola en la periferia de las ciudades; de urbanización y posterior venta con facilidades a los que necesitan vivienda; seguido del energético estímulo a las cooperativas de vivienda, con un diferencial a favor de las cooperativas de autoconstrucción, permitiría llevar a lo concreto la aspiración de achicar hasta eliminar el déficit de más de 2.000.000 de viviendas que tiene nuestra población.

Un éxito relevante en este plano tendrá un efecto social y político que es necesario dimensionar adecuadamente. En efecto: construir caminos en la economía popular necesita de un capital social fuerte y a escala nacional no es imaginable conseguirlo sin la construcción de puentes entre los intereses de los sectores medios y los sectores más humildes.

Si se diseminan planes asequibles para el acceso a la

vivienda, que dependan de la tarea colectiva y una asistencia del Estado, aumentarán las probabilidades de que quienes participen de ellos adviertan el valor de comprar ropa directamente a los productores o de las alianzas entre consumidores y productores para producir alimentos.

Organizar la producción desde las necesidades comunitarias es un valor cultural de base, que debe conseguir su instalación desplazando progresivamente al lucro como motor económico y a la convicción de que no hay soluciones que puedan abarcar a toda la población. En ese camino, la participación activa de fracciones de la clase media es decisiva.

Los dilemas

La creación de un nuevo concepto para organizar la producción y los servicios – la economía popular – no es fruto de una moda o una rebeldía fundamentalista. Surge por el fracaso del capitalismo orientado por el lucro, que no puede asegurar un futuro de mínima dignidad para todos los ciudadanos.

El capitalismo con rostro humano, las exhortaciones éticas o morales, la responsabilidad social empresaria, terminan siendo placebos calma conciencia, o peor: engaña conciencias. No puede ser de otra manera en un sistema que concentra poder y patrimonio y como concentra, excluye.

En este escenario, buscar la inclusión sin modificar la estructura es buscar una quimera. Por tal razón, plantear la economía popular como una etapa superior del asistencialismo, que mejora los derechos para los excluidos, es seductor desde el compromiso y la sensibilidad social, porque presume conseguir resultados a corto plazo. Pero por otro lado, su triunfo consistiría en insertar a los más humildes como último eslabón débil de cadenas de valor donde la transferencia a los más poderosos del valor que generen será un hecho inexorable.

La economía popular pensada como la organización productiva para atender necesidades comunitarias – desde las más inmediatas de infraestructura, hasta las más complejas de provisión de bienes para la vida cotidiana – requiere, a diferencia de la opción anterior, construir marcos teóricos y prácticos que en algunos casos hasta chocan con la subjetividad de los actores actuales, sumergidos en una inercia de dependencia y de pérdida de iniciativa.

Hay numerosos puntos de apoyo posibles. Toda la organización cooperativa de provisión de servicios públicos diseminada por el país constituye una base

excelente para apuntalar la ampliación de miradas, en tanto se asuma como movilizadora de la definición de roles productivos concretos para los más humildes. La democratización de la administración de la infraestructura escolar u hospitalaria, así como un mega plan de viviendas como el mencionado, puede sumar a buena parte de los sectores medios. Asumir a la agricultura familiar como la proveedora de alimentos de todos los argentinos es otro pilar.

Vuelvo al comienzo: trabajar en estos planos es una necesidad, no una simple vocación mutable. El capitalismo concentrado ya fracasó. A diferencia de una empresa que quiebra, el poder financiero está en condiciones de transitar por tensiones sociales de variada dimensión y permanentes, recreando espacios que parecen nuevas opciones, pero constituyen una calesita crecientemente insoportable para miles de millones en el planeta. Por lo tanto, no muere, pero da vueltas sobre sí mismo, con la impudicia adicional de explicarnos que la próxima será mejor.

Las opciones de reemplazo válidas deben encontrar formas nuevas de atención de las necesidades comunitarias, que nos alejen de la simplificación de administrar homeopáticamente el sistema o imaginar que cambiar las personas que administran llevará a cambios cualitativos. Aun el capitalismo de Estado llevado a su máxima expresión mostró que no es una solución.

La cruda realidad es que estamos en una paradoja. Estamos solos y a la vez nos tenemos unos a los otros, compartiendo la posibilidad de construir algo diferente.

Enrique M. Martínez
3 de septiembre de 2015

ENRIQUE MARTÍNEZ



Enrique Mario Martínez es ingeniero químico. Fue decano de la Facultad de Ingeniería de la UBA 1973/4; diputado nacional por el Frepaso/Alianza (1999-2000); presidente del INTI (1986-1988 y 2002-2011). Actualmente es el coordinador del Instituto para la Producción Popular (IPP), brazo ejecutor de los proyectos de la Asociación Civil Construcción Colectiva.